



CURSO
DE
LECTURAS MORALES

LECTURAS MORALES

R. CA. BONIFACE

J. BONIFACE

C. NAVARRO

Escuela Normal de Profesores
y de las Ciencias Exactas

Escuela Normal de Profesores
y de las Ciencias Exactas

Escuela Normal de Profesores
y de las Ciencias Exactas

PRIMER AÑO

PRIMER AÑO

1892

OFICINA DE
C. NAVARRO

Niño, cuida este libro ámallo, consúltalo á menudo.

Quando abandones la escuela, lleva este libro contigo, léelo todos los días.

Este libro es tu amigo.

CURSO

DE

LECTURAS MORALES

I.

PRELIMINARES.

1—El cuerpo y el alma.

Niños, vosotros á cada instante hacéis uso de vuestros miembros: de la mano para escribir ó jugar á la pelota; de las piernas para correr; de los ojos para ver; de los oídos para oír; de la lengua para hablar; de la boca para comer.

Esos *miembros*, esos *órganos*, son partes de vuestro CUERPO.

Cuando el maestro os explica una lección, prestáis *atención*, comprendéis lo que os ha dicho.

Cuando se os elogia, experimentáis un *sentimiento* de placer.

Cuando se os recomienda practicar el bien y huir del mal, reconocéis que en ello hay *razón* y hacéis *esfuerzos* para seguir esos buenos consejos.

El conjunto de las facultades que no véis, pero cuya existencia adivináis es vuestra ALMA.

Todo ser humano tiene un cuerpo y un alma.

2—Cuidemos nuestro cuerpo.

Nuestro cuerpo no está formado solamente de la cabeza, los brazos, las piernas y el tronco. También lo está de otros órganos internos cuyo conjunto constituye una máquina maravillosa.

El *cerebro*, el *cerebelo* y la *médula espinal* teniendo por intermediarios á los *nervios*, presiden nuestras sensaciones y nuestros movimientos.

La *sangre*, difundida por todas las partes del cuerpo, mantiene la vida.

El *corazón*, tiene por función hacer circular la sangre en las arterias y las venas.

Los *pulmones*, colocados á cada lado del corazón, reciben el aire que respiramos y transforman en sangre vivificante la sangre empobrecida.

En el *aparato digestivo*, nombre dado al conjunto formado por la boca, el estómago y los intestinos, los alimentos masticados y triturados, provéen á la sangre de los principios reconstituyentes que necesita.

Los *huesos*, sostienen el cuerpo.

Los *músculos*, unen los huesos y sirven para la ejecución de los diversos movimientos.

Una máquina tan complicada no funciona bien, sinó á condición de ser mantenida en buen estado por la higiene.

3—El alma manda al cuerpo.

Con frecuencia os abrazáis al cuello de vuestra madre y le decís: «Mamá, te quiero con todo mi corazón» y le dáis un beso. Vuestros *labios* traducen el dulce sentimiento que experimentáis; pero es vuestra *alma* la que lo siente.

Véis á uno de vuestros compañeros maltratado por otro más fuerte que él y os lanzáis en su defensa. Vuestro *cuerpo*, vuestro *brazo* se mueve para proteger á la víctima, pero es vuestra *alma* la que os hace obrar bajo la impresión de indignación que os causa una injusticia.

Al dar una limosna á un desgraciado, vuestra *mano* es la que lo ejecuta pero es vuestra *alma* la que os inspira la idea de darla.

El cuerpo ejecuta las órdenes del alma.

4—Podemos distinguir el bien del mal.

Un lobo devora un cordero inofensivo; un perro se apodera de la costilla preparada para vuestro almuerzo. ¿Pensaréis en hacer responsable al lobo de su crueldad, y, al perro del hurto que ha cometido?

Evidentemente, no. Compadeceréis al pobre cordero y sentiréis vuestra costilla; eso es todo.

Y, es que en efecto, los animales, no teniendo por guía interior, eso que se llama *alma*, obran

exclusivamente por *instinto*. Han cedido, en los dos casos que os acabo de citar, á la sensación del hambre, sin darse cuenta que son crueles ó ladrones.

Nosotros, por el contrario, que tenemos el medio de distinguir lo que es *bueno* de lo que es *malo*, no tenemos el derecho de imitar al lobo y al perro y demostraríamos ser bárbaros robando el bien de los otros.

El alma distingue al hombre del animal.

5—Las tres facultades del alma.

Para ayudarnos á distinguir lo que es *bueno* de lo que es *malo* y obrar con discernimiento, el *alma* pone á nuestra disposición tres *facultades* esenciales:

La *inteligencia*, que nos permite pensar, reflexionar y darnos cuenta de las consecuencias de nuestras acciones.

La *sensibilidad*, que nos inspira el afecto para con nuestro prójimo, la compasión por los que sufren, la admiración por las bellezas de la naturaleza, por los grandes descubrimientos científicos, por las producciones del arte y por las nobles y generosas acciones.

La *voluntad*, que nos da la fuerza necesaria para determinarnos libremente, es decir, para hacer ó no hacer una cosa.

Debemos cultivar desde la niñez, las tres facultades de nuestra alma: la inteligencia, la sensibilidad y la voluntad.

6—La inteligencia.

Voy ahora á explicaros como podréis cultivar las facultades del alma, empezando por la *inteligencia*.

Escuchad con atención las explicaciones de vuestro maestro y fijadlas en vuestra memoria cuando las hayáis comprendido bien.

Aprendiendo una fábula, tratad de daros cuenta de su verdadero sentido y de la moralidad que de ella se deduce.

En historia, estudiad el encadenamiento de los hechos, más que los hechos mismos ó que sus detalles. No os detengáis en las palabras, descubrid las ideas.

Leed buenos libros y esforzáos por comprender sus enseñanzas.

Tratad sólo con compañeros que sepáis que son buenos, bien instruidos y laboriosos.

La inteligencia no se desarrolla si no se cultiva y ejercita.

7—La sensibilidad.

Fué en 1871. En la noche del 23 de Diciembre de aquel año, el vapor *América* en viaje de Buenos

Aires á Montevideo, fué presa de un espantoso incendio.

Los pasajeros, desesperados, tratando de salvarse del fuego, arrojáronse al agua, muchos de ellos sin procurarse el medio de escapar á otra muerte segura.

Entre estos hallábase una joven pareja de recién casados, que á punto estaban de ahogarse, cuando un héroe, un hombre de corazón generoso, el señor D. Luis Viale, conmovido ante su inevitable muerte, se desprendió sin titubear de su salvavidas, para ofrecérselo.

Su abnegación le costó la vida pero su nobilísima acción está perpetuada en el monumento que á su memoria podéis ver en la Recoleta.

Leed á menudo, queridos niños, actos de abnegación, de bondad y de heroísmo; detened vuestra mirada sobre los desgraciados; consoladlos y socorredlos; contemplad con atención los maravillosos espectáculos que os brinda la naturaleza y comprenderéis, entonces, los goces que proporciona la *sensibilidad*.

La sensibilidad es la fuente de las más puras emociones.

8 —La voluntad.

Ayer por la noche, mi querido Pablo, mientras hacías tus deberes, te he visto muy perplejo ante un problema de Aritmética. Apoyabas la cabeza en la mano y tan absorbido estabas en el trabajo que

no notaste mi presencia. Hasta me pareció que hablabas contigo mismo y que decías: *quiero* vencer esta dificultad, *quiero* resolver mi problema.

Me sentí feliz, viendo que mi hijo tiene *voluntad*.

La *voluntad*, bien aplicada, realiza grandes cosas.

Querer es poder.

9—El deber.

Ya os he dicho que el alma hace del hombre un ser superior á los animales. Esta superioridad le impone deberes que son dictados por la moral, la razón y la ley.

Cumplir con su *deber*, es hacer lo que es bueno, amar á sus padres, socorrer á los desgraciados, ayudar al prójimo, cumplir con puntualidad su tarea diaria.

Cuando seáis mayores, vuestro *deber* será ayudar á vuestra familia con vuestro trabajo, protegerla y hacerla feliz.

Como soldados, vuestro *deber* será observar la disciplina y defender á vuestra patria.

Como ciudadanos, vuestro *deber* será tomar parte en la elección de consejeros municipales, de diputados; pagar los impuestos y conducirlos en todas partes y siempre como *hombres honrados y buenos argentinos*.

Hacer lo que es bueno, eso es el deber.

II.

EL NIÑO EN LA FAMILIA.

10 — El amor filial.

Los niños deben amar á sus padres, pues este es el primero, el más natural y el más profundo de los sentimientos humanos. El hombre que falta á esta ley de la naturaleza, se coloca en un nivel inferior al de los animales, porque estos parecen conservar cierto afecto por los seres que les dieron la vida. Se cuenta que las cigüeñas nutren á sus madres cuando son viejas y las defienden de los peligros.

Mientras el *amor filial*, se mantenga en el corazón del hombre, por más mala que sea su conducta, puede abrigarse la esperanza de que vuelva al camino del bien. Se han visto criminales que habiendo asesinado y robado, han llorado á lágrima viva cuando se les ha hablado de sus padres y han mostrado el más profundo arrepentimiento por el mal que habían causado.

Niños, jamás olvidéis que el mas santo de todos los deberes es amar á nuestros padres; regocijarnos cuando son felices y sufrir cuando ellos sufren.

11—Amemos á nuestros padres por el afán de quererlos y no por interés.

Enrique olvida muy á menudo sus deberes para con sus padres. Es verdad que en ciertos momentos no escasea sus demostraciones de cariño, pero es cuando espera un regalo ó un favor. Movido por el interés no procede por afecto.

Por muy larga que llegue á ser su vida, no tendrá tiempo de pagar á sus padres la deuda de agradecimiento que para con ellos tiene.

Es á cada instante, por medio de demostraciones espontáneas y sinceras que el niño debe manifestar el cariño hácia su *padre* y su *madre*, por su obediencia, portándose bien en clase, haciendo todo lo que él sabe que les ha de ser agradable.

Amad á vuestros padres con amor constante y desinteresado.

12—Un buen hijo.

No hace muchos días, encontré por la mañana, muy temprano, á un niño que iba hácia su casa con una carga de leña tal que apenas podía con ella.

Su cara simpática me atrajo y le pregunté:

—¿De donde vienes, hijito, tan temprano?

—De la carbonería, señor, á donde fui á buscar leña para *mamá*.

—¡Pero estás muy cansado!

—¡No señor! Ya soy fuerte! Tengo seis años. Además *mamá* tiene bastante que hacer con cuidar á mi hermanito y á mi hermanita y yo la ayudo.

Conmovido le dí un beso y pensé: este es un buen niño; quiere á su *madre*; será un hombre honrado.

Los niños deben ayudar á sus padres en sus quehaceres.

13—Una buena niñita.

Juanita, niña de cuatro años, tiene otras dos hermanitas, algo mayores que ella. Su madre, que es viuda, trabaja fuera de casa, pero gana muy poco y á veces le falta el trabajo.

Muchos días las tres niñas carecen del pedazo de pan necesario para su existencia; van miserablemente vestidas y viven en una mala habitación.

Cierta señora, encantada de la gracia de Juanita quiso hacerse cargo de ella. «¿Quieres venir á vivir conmigo?» la dijo. «Tendrás lindos vestidos y te divertirás mucho».

La fisonomía de la niña cambió de pronto; se abrazó á sus hermanitas é hizo un gesto que podría traducirse así: «Prefiero la miseria al lado de

mi madre y mis hermanas á la riqueza y los gozes que ellas no compartirían.

Conservemos como un bien precioso el sentimiento de la familia.

14—Cómo se quiere á los padres.

«¡Oh mi padre y mi madre! ¡Seres queridos que ya no existís! ¡Qué tan modestamente habéis vivido en esta casita! ¡Es á vosotros sólo, á quienes todo lo debo!

«Tus entusiasmos, mi valiente madre, me los has transmitido. Si siempre he asociado la grandeza de la ciencia á la grandeza de la patria, es porque estaba poseído de todos los sentimientos que me inspiraste.

«Y tú, padre querido, para quien la vida fué tan ruda, como rudo fué tu oficio, tú, me has demostrado lo que puede la paciencia en sus prolongados esfuerzos. A tí debo la tenacidad en el trabajo de cada día. No solamente tuviste las cualidades perseverantes que hacen útiles las vidas, sino también, la admiración por los grandes hombres y los grandes hechos. Mirar á lo alto, indagar el más allá, buscar y elevarse siempre, he ahí, lo que tú me has enseñado.

«Te veo todavía, después de tú jornada de labor, leer en la velada la narración de alguna batalla que te recordaba la época gloriosa de la cual

fuiste testigo. Enseñándome á leer, tuviste el cuidado de enseñarme la grandeza de la Francia.

«Bendito seáis el uno y el otro, padres queridos, por lo que habéis sido».

LUIS PASTEUR.

15 — Amor filial.

De entre los premios á la virtud, establecidos por el ilustre Rivadavia, y, á cuyo sostenimiento contribuye el Gobierno Nacional, el destinado á premiar el AMOR FILIAL, fué discernido por la SOCIEDAD DE BENEFICENCIA, hace poco tiempo, á la señorita Lidia Montero de 18 años de edad, domiciliada en la calle de Viamonte n. 2138.

Esta niña perdió su madre en sus primeros años y quedó á cargo de su abuelita. Hacía cuatro que su padre estaba paralítico y la abuela postrada en cama á causa de una enfermedad reumática. Era sola para asistirlos y dedicaba todos sus esfuerzos y desvelos para sostener aquellos enfermos queridos.

Hablando con ella, jamás se la oyó quejarse de su suerte y sólo pedía á Dios salud y fuerzas para resistir á sus tareas, las que cumplía con amor solícito cual ángel tutelar de aquellos dos enfermos.

Debemos ayudar á nuestros padres en su ancianidad y enfermedades.

16—Un premio bien ganado.

La niña Ángela Manfroni que vivía en la calle Córdoba n. 1067 puede presentarse como modelo de cumplimiento de los *deberes filiales*.

A los catorce años vivía consagrada á cuidar con la mayor solicitud á su madre enferma desde hacía más de nueve meses.

Además atendía con exquisito amor fraternal á dos hermanitos menores y era la encargada, á pesar de sus pocos años, de todos los trabajos domésticos en su pobre hogar.

Sus virtudes fueron recompensadas con el premio al AMOR FILIAL que le acordó la Sociedad de Beneficencia.

No olvidemos jamás lo que debemos á nuestra madre.

17—Que se avergüencen los malos hijos.

Los hijos que niegan la alimentación á sus ancianos padres ó los que se la dan de mala voluntad; los que en lugar de rodearlos de cuidados y atenciones, le hablan con *aspereza*, les *maltratan* ó les *reprochan* lo que por ellos hacen, son unos MISERABLES.

La indignación pública los señala, y cada uno debiera decirles:

«Os conducís de una manera despreciable».

Tal conducta es siempre indigna, y, lo es más aún cuando los padres, ya ancianos, han tenido la debilidad de repartir sus bienes entre sus hijos á cambio de la alimentación y el cuidado.

He conocido una desgraciada señora cuya vida entera estuvo consagrada á la honradez y al trabajo. Anciana ya, repartió sus bienes entre sus cuatro hijos conviniendo que viviría sucesivamente tres meses del año en casa de cada uno de ellos. Fué tratada tan mal, que la desgraciada madre, desolada, desesperada, acabó su martirio arrojándose bajo las ruedas de un tren.

Hacer felices á nuestros padres es el más sagrado de nuestros deberes filiales.

18—Cómo se debe obedecer.

Ramón no es un niño desobediente en realidad. Lo que sus padres le mandan hacer, lo hace, pero ejecuta la orden con tan mal modo, que quita todo el mérito á su docilidad.

Ramón aflige á su *madre* pues ve en el aspecto contrariado de su hijo que no la *obedece* sino con violencia como á un superior exigente. Vé también con pena que Ramón no le tiene ni la confianza ni el respeto que le debe.

Ramón que tiene buenos sentimientos, ha acabado por reconocer sus defectos y hoy se conforma con solicitud á la voluntad de sus padres.

No basta hacer lo que vuestros padres os manden; debéis hacerlo con buena voluntad, con buenos modos y con solicitud.

19—Tengamos confianza en nuestros padres.

—Vete á jugar Emilito, decía una madre á su hijo, pero no cerca del río.

Apenas salió de casa el niño, no pensó sinó en ir derecho á la orilla del agua, resbaló y cayó al río.

Felizmente un transeunte oyó sus gritos y le sacó del trance.

Emilio volvió empapado á su casa, y, un poco avergonzado contó lo que le acababa de pasar.

Su madre bastante asustada al principio, pronto vió que el accidente no tendría consecuencia. «Tu desobediencia, le dijo, me ha causado un gran disgusto, porque me prueba que dudas de mi cariño. Cuando te prohíbo algo, no es para privarte de un placer, es para alejarte de un peligro ó evitarte una acción reprensible».

Emilio abrazó á su madre y le ha prometido ser más confiado en el porvenir.

Cuando nuestros padres nos ordenan algo es para nuestro bien.

20—Respeto y delicadeza.

El padre de Santiago no tuvo la dicha de vivir en un tiempo en que se apreciassen los beneficios de la instrucción.

Fué muy poco á la escuela y cuando entró al taller, sabía apenas leer y escribir. Frecuentemente cometía faltas hablando ó escribiendo.

Estas faltas no se le escapaban á Santiago, que era ya bastante instruido, mas respetaba demasiado á sus padres y aparentaba no notarlas. Un niño que procediese de otro modo, faltaría á las atenciones que debe á su *padre*.

Demostraría también no tener juicio; porqué, las personas verdaderamente instruidas son *modestas* y saben colocar por encima de la ciencia el *buen sentido* y la *virtud*.

Colmemos de atenciones á nuestros padres.

21—Los abuelos tienen derecho á nuestras atenciones.

Todos los ancianos tienen derecho al respeto y á un cariño más acendrado de parte nuestra. Cuando ellos pertenecen á nuestra familia y son nuestros *abuelos* ó *abuelas*, el corazón nos inspira de por sí esta *veneración* y este *cariño*.

Nuestros abuelos representan la *cordura* y la *razón* que dá una larga experiencia de la vida. Respetémosles como modelos, respetémosles hasta en sus manías, que no son más que la consecuencia de la edad; seamos indulgentes con sus defectos si los tienen.

Manifestémosles nuestro afecto con cuidados particulares, con pequeñas atenciones que les eviten penas ó fatigas. Están próximos al término de su

existencia; no tardarán mucho en abandonarnos y necesitan que dulcifiquemos la amargura de sus postreros días.

Respetemos y queramos á nuestros abuelos.

22—¡Pobre abuelito!

«¡Pobre abuelito! Se ha quedado casi sordo, pero yo le hablo fuerte y él me oye cuando le digo que le quiero con todo mi corazón.

«Está casi ciego; le tomo del brazo y le conduzco donde desea ir. Cada día le leo el diario y soy tan feliz como él, al ver el placer que le procuro.

«Me cuenta historias que siempre son las mismas, pues ya le falta la memoria; pero que yo escucho con atención como si fueran nuevas.

«Bien sé que su compañía no me durará mucho tiempo. ¡Pobre abuelito! Cuando ya se haya ido, tendré al menos la satisfacción de haber dulcificado sus últimos días.»

Así se expresa y procede Pedrito, un buen niño, que es un nieto modelo.

Redoblemos las atenciones con nuestros abuelos pues ya tocan al fin de su existencia.

23—¡Hogar, dulce y grato hogar!

¿Quién es el que pasando, al caer la tarde, por delante de alguna humilde vivienda de obrero, al

ver, á través de los vidrios, el fogón encendido, el mantel un tanto grueso pero sin mancha alguna y la sopa humeando en la mesa, no ha pensado en la *buena esposa*, en la *buena madre* que ha preparado todo aquello?

¿Quién es el que entónces no vé con el pensamiento al *buen hombre*, al *honrado obrero*, para quién todo aquello está preparado?

Tal vez ha pasado el día entero removiendo tierra, amasando cal y arena ó limando hierro.

¿Quién sabe si no ha tiritado de frío ó si estando sudoriento no ha sido empapado por la lluvia?

Mañana ahora ha de volver á esa tan limpia casa, á esa tan aseada habitación, y entonces su mirada se recreará, su corazón gozoso olvidará los penosos trabajos.

¡Cuán dulce y grato es el hogar!

24—Deberes del hermano mayor.

Antonio: ya eres casi un hombre; tienes quince años; eres el mayor de tus hermanos.

¿Has reflexionado á cerca de los deberes que tu edad te impone para con tus *hermanos* y tus *hermanas* que son todavía niños?

No quisiera entristecerte, pero si desgraciadamente tu padre muriera, tú serías el único sostén de esos pobres niñitos, tú tendrías que ayudarlos con tus consejos y trabajar para alimentarlos.

¿Lo harías con valor, no es cierto? Empieza pues

desde ya á compartir con tu padre el papel de jefe de familia.

El hermano mayor reemplaza al padre.

25—El mayor es el protector de sus hermanos y hermanas.

Debes prepararte desde ahora, mi querido Antonio, para el desempeño de la misión á que puedes ser llamado á cumplir con tus *hermanos y hermanas*.

Para ello, muéstrate el más atento de todos á los consejos que te den tus padres; primero en provecho tuyo y luego en beneficio de aquellos de quien ya eres su protector.

Puesto que tus quince años te dan sobre los *menores*, el derecho de obediencia y puedes por tanto reprenderlos, hazlo con dulzura y benevolencia, acordándote de que eres, ante todo, su *mejor amigo*.

Dales, además constantemente, *buenos ejemplos*.

El hermano mayor debe guiar y aconsejar á los menores.

26—Abnegación paternal.

Con frecuencia suelen ser los hospitales, teatro de episodios conmovedores y en uno de ellos, en el de Clínicas, tuvo lugar el que relató no hace mucho tiempo el Dr. Genaro Sisto en el periódico «Los Niños.»

Un día presentáronse al consultorio, del que este señor fué practicante, tres niños, el mayor de los cuales, que es de quien vamos á ocuparnos, tenía diez años y los otros dos que eran hermanos suyos, contaban el uno dos y medio, y el otro cuatro.

A éste último tuvieron que hacerle una sencilla operación con cuyo motivo concurrieron al hospital durante varios días para su curación.

Conversando el doctor con el mayor le dijo:

—¿Vas á la escuela?

—No puedo ir, señor, no tengo tiempo.

—¿Y en qué te ocupas?

—En cuidar á mis hermanitos; mi mamá ha muerto.

—¿Y tu papá?

—Está trabajando en el campo y nos ha dejado encargados á una señora que vive en casa.

—¿Qué haces con tus hermanos?

—Después que se levantan, les visto, les lavo, les hago la comida y cuido que no se vayan á la calle. Por eso V. me ha visto venir siempre con los dos, porque tengo miedo que á éste le pase algo, y señalaba al menor.

—¿Y, quién les cose, les lava y les plancha la ropa?

—Yo, también señor; estos botones son pegados por mí.

—¿De modo que tú eres el papá y la mamá de tus hermanitos?

—Hago lo que puedo por ellos.

El niño que así se expresaba se llama Angel

Sella y vive en la calle de Thames n.º 515 á donde fué algún tiempo después á visitarlo el Dr. Sisto, pudiendo comprobar la verdad de todo lo que Angel había aseverado.

El hermano mayor debe protección á los menores.

27—María Ucet.

Esta niña domiciliada en la calle de Las Heras n.º 657, perdió á sus padres hace ya algunos años y desde entonces es el único sostén de sus cinco hermanos.

Ha pasado por esta causa una vida de constante sacrificio, renunciando por cumplir sus deberes de familia á diversas colocaciones que le habrían permitido pasar una vida más tranquila y más cómoda.

Entre sus hermanos tiene uno que no goza del uso completo de sus facultades, siendo por esta causa una pesada carga que María soporta con cariño y abnegación.

Sus méritos la hicieron acreedora al premio al AMOR FRATERNAL que la Sociedad de Beneficencia adjudicó en 1891.

La hermana mayor se convierte en madre de sus hermanos menores.

28—Lejos de la familia.

Mis negocios me habían llamado al extranjero, y, allí me hallaba el día de año nuevo.

Todo al rededor mío era alegría; unos se daban la mano, otros se abrazaban, los de más allá se felicitaban deseándose un feliz año.

Estas alegrías me entristecieron; yo no las podía compartir; estaba aislado en aquella ciudad, donde no tenía parientes ni amigos. Mi corazón estaba muy lejos; pensaba en mi *querida esposa*, en mis *hijos*, en mis padres á quienes veía reunidos en torno de la mesa, expresándose mutuamente sus votos. Las lágrimas saltáronme á los ojos!

Nada reemplaza á la familia.

29 -- El espíritu de familia.

Un niño que corre en defensa de su *hermano* maltratado por un compañero; un hombre que castiga al calumniador de su *padre* ó de su *madre*; aquel que á punto de cometer una mala acción se contiene ante la idea del deshonor con que va á manchar su nombre, todos ellos muestran que están animados del *espíritu de familia*.

El *espíritu de familia* es el sentimiento que nos impulsa á tomar en cualquier circunstancia la de-

fensa de aquellos á quienes estamos unidos por los vínculos de la sangre.

Estemos imbuidos del espíritu de familia.

30—Deberes de los padres.

No sin pesar debo deciros que los *padres* tienen el deber de alimentar, vestir, alojar y cuidar de sus hijos; no maltratarles y darles la instrucción y la educación debidas para que sean algún día física, intelectual y moralmente hombres útiles á la sociedad y á ellos mismos.

Este deber está de tal manera impreso en el corazón de los *padres* que uno se siente tentado de preguntar, por que está inscripto en la ley, si es que alguna excepciones, felizmente muy raras, no justificasen esta sabia precaución.

¿Quién supone un padre tan desnaturalizado que niegue el pan á sus hijos; tan egoista como para aprovecharse de sus brazos aún débiles; tan indiferente como para dejarlos sumidos en la ignorancia? ¿Qué sería de esos pobres seres si el Estado no interviniese para protegerlos y defender sus derechos?

El Estado es el defensor de los derechos del niño.

31—Ternura no es blandura.

Tuve un amigo que era un excelente hombre. Tenía varios hijos y es poco decir que había repartido su corazón entre todos; pues se lo había dado á cada uno de ellos; á todos prodigaba las mismas caricias y los mismos cuidados.

¿Me diréis que era un padre modelo?

Pues nó. Le faltaba una cualidad esencial para serla y esa cualidad consiste en saber moderar el cariño por la razón.

Su bondad era tanto que rayaba en *debilidad*. Faltábale valor para reprimir las faltas y castigarlas; no sabía recurrir á la severidad, á veces necesaria. En una palabra, empleando una expresión que os hará comprender bien la idea, *mimaba* á sus hijos.

Mi amigo, notó demasiado tarde, el poco favor que había hecho á sus hijos dejándoles seguir todas sus inclinaciones y satisfacer sus caprichos.

Es deber de los padres dirigir y vigilar á sus hijos.

32—Veinte años más tarde.

LA MADRE—No te canses estudiando, hijito; si tu maestro te reprende, avisame. Diviértete, haz lo que más te guste; vete donde quieras; corta flores

en los jardines, y no te inquietes si pisas el cesped. ¿Qué te han corrido y gritado por que has hurtado unas flores? Déjales que digan lo que quieran y ponte en salvo, que para eso corres más que ellos.

No hagas caso á los que te tratan de *niño mal criado*, no saben lo que dicen.

(Veinte años más tarde.)

—Mira *mal hijo*, mi espalda encorvada, mis mejillas hundidas, mis ojos enrojecidos por las lágrimas. Todo es obra tuya. Sólo tienes para mí, palabras groseras y malos procederes. Escoges tus amigos entre los más malos y te haces despedir de todas partes por tu pereza y malas costumbres. ¡Me destrozas el corazón!

¡No puedo más! Déjame morir en paz. ¡Vete!

El peor favor que puede hacerse á los hijos, es mimarlos.

33 — Naturaleza, trabajo, familia.

Cuando el Sol descende en el horizonte, un suave resplandor sucede á la luz del día. El silencio reina ha poco por todas partes y la calma que invita al reposo, se esparce sobre la tierra por todos sus ámbitos.

Los animales vuelven al corral; en los árboles, los pájaros ya duermen, y bajo la hierba, miles de insectos bulliciosos durante el día, permanecen en silencio.

El pastor, el labrador y el viñero vuelven á sus

casas. La comida ya está preparada. Todo el mundo se sienta en torno de la mesa.

Están después de sobre mesa algunos instantes conversando y gozando de la alegría de verse juntos y al poco rato cada uno se aleja en busca del sueño que reparará las fuerzas necesarias para el día siguiente.

Naturaleza, trabajo, familia, hé ahí los elementos de la felicidad.



III.

EL NIÑO EN LA ESCUELA.

34 — Un reino por saber leer y escribir.

Juan Martín, cuenta en su historia de las islas Tonga, situadas en el Océano Pacífico, que su rey Finow no estaba más adelantado, al principio de este siglo, en el arte de escribir, que el último de sus subditos.

Un joven inglés que vivió en aquellas islas algún tiempo, maravilló al rey, escribiendo en su lengua, algunas palabras que éste se hizo traducir por otro inglés.

Finow sintió vivos deseos de instruirse y suplicó á sus subditos que le dejasen partir para un país donde pudiera dar satisfacción á su noble deseo.

Sus súplicas fueron en vano y tuvo que resignarse, pero no cesó de repetir:

«Daré todo mi poder, todo mi reino á cambio de algunos años pasados en un país donde los más humildes saben leer, donde la escritura es conocida por todos.»

No hay poder ni riqueza que equivalga á la instrucción.

35—No déis al juego el tiempo consagrado al trabajo.

—Mi querido Luis: no tienes razón en creer que un alumno pueda *faltar á clase* sin gran perjuicio.

—¿Qué no perderá más que un día, me dices?

—Pues yo te digo que es mucho; el trabajo no aprovecha si no se ejecuta *regularmente*, es decir, con cuidado y método. Un día tan sólo es suficiente para que tus compañeros te adelanten y para que tengas un mayor trabajo que hacer para ponerte á su nivel. El tiempo perdido no se recupera nunca.

Aun hay más. Si adquieres hábitos de irregularidad, cuando más tarde tengas que trabajar para el sostén de tu familia, cada día que pases *fuera del taller* se traducirá en una disminución del bienestar que tienes el deber de asegurar á los tuyos.

El alumno debe ser asiduo.

36—¿Porqué es necesario trabajar?

Es necesario *trabajar mucho* en la escuela por varias razones:

Porque el trabajo del escolar regocija al padre

y á la madre y es el medio de manifestarles la gratitud á que son acreedores.

Porque todos los hombres están llamados al *trabajo* y es necesario acostumbrarse á él desde la niñez.

Porque sin *trabajo* no hay instrucción y sin instrucción no es posible hacerse un sitio en la sociedad.

Porque por el *trabajo*, es que llegaremos un día á ayudar á nuestros padres.

¡Trabajemos!

37—Un buen alumno.

Tomasito se levanta á las siete; da los buenos días á su papá, á su mamá y á su hermanita. Se lustra los zapatos y cepilla su ropa. Se lava con jabón la cara, la cabeza y el cuello. Con el peine se arregla su cabello y con el cepillo limpia sus manos y sus uñas.

Después repasa sus lecciones, almuerza y se marcha á la escuela á donde llega cinco minutos antes de la hora.

En clase escucha con atención cuanto dice el maestro y hace sus trabajos con aplicación. Sus libros y cuadernos no tienen una mancha ni un borrón.

Durante los recreos juega con moderación con sus compañeros.

Después de la clase, Tomasito se va á su casa

sin detenerse en el trayecto. Es un alumno modelo.

Sus padres son felices al ver tan bueno á su hijo; su maestro experimenta gran satisfacción viendo sus rápidos progresos y sus condiscípulos todos lo aprecian y quieren.

38—Un mal alumno.

Julio no quiere levantarse nunca antes de las nueve. En cuanto se viste se va á la calle á corretear. No limpia su ropa, ni se lava las manos, la cara y el cuerpo. Su mamá le riñe, pero Julio no hace caso á los reproches. Almuerza haciendo visages, no le gusta la sopa, querría que le diesen chocolate.

Cuando Julio sale de casa, sus compañeros ya están en clase. Se entretiene por las calles y llega á la escuela á las once y media ó doce menos cuarto.

No hay día que no le priven de algunos recreos por su retraso pero no escarmienta.

Vedle en clase. No hace más que incomodar á sus vecinos; siempre está echado sobre el banco en lugar de trabajar.

No atiende las observaciones de su maestro y se conduce tan mal en la escuela como en su casa. Puede temerse que más tarde sea mal aprendiz y mal obrero. Si no se corrige también será mal soldado y mal ciudadano.

Los malos alumnos se preparan un porvenir desgraciado.

39—Un alumno modelo.

He tenido en mi escuela durante seis años un niño que se llamaba Luis que se distinguió siempre por el cuidado que ponía en todas sus cosas.

Jamás faltó á clase, no siendo por enfermedad. Siempre se le vió con sus botines bien lustrados, sus manos y cara bien lavadas y sus ropas sin una mancha. Todo esto lo hacía por su propia conveniencia y por respeto á sus maestros á quienes se da una prueba de ello cumpliendo con estos cuidados.

Sus libros parecían siempre nuevos y sus cuadernos jamás se vieron con arrugas ó borrones.

Una de las razones por las cuales amaba el trabajo era la satisfacción que experimentaba en estudiar en libros y cuadernos bien cuidados.

Un buen alumno es muy cuidadoso.

40—Males que acarrea la pereza.

El alumno indolente no da ninguna importancia á un deber mal hecho, ó una lección que no ha sabido. Espera á mañana para aplicarse; pero mañana su indolencia será la misma.

¡Vivid alerta! La pereza os acecha y si os de-

jáis invadir por ella, ¡estáis perdidos! Ya hombres, seréis incapaces de ganáros la vida, os veréis arrastrados á miserables desfallecimientos, de los que la pereza es fatalmente su origen.

Seréis expulsados de vuestros puestos, de las sociedades de socorros mútuos y de las casas de beneficencia que son para los enfermos y los ancianos y caeréis en la *mendicidad*.

No creáis que la pintura que os hago es exagerada. Los hábitos adquiridos en la niñez deciden de la vida entera.

La pereza es madre de todos los vicios.

41—Hagamos nuestro deber con celo.

Alfredo no se contenta con estudiar maquinalmente las lecciones; escucha con atención las explicaciones de su maestro y se esfuerza por comprenderlas. Después de la clase las repasa en su memoria y busca la manera de aplicarlas.

Es un niño que tiene *celo*.

Esta excelente cualidad adquirida en la escuela, tomará más tarde otras formas.

Alfredo pondrá *celo* en aprender su oficio, *celo* en llenar sus deberes de padre de familia y de ciudadano, *celo* en servir á su patria y aliviar á los infortunados.

Todo lo que se hace sin celo queda hecho á medias.

42—Sed reflexivos.

Ernesto no tiene *reflexión*. Cuando su maestro le reprende ó le impone un castigo, se enoja y no piensa sino en el disgusto que le causa ser reprendido ó castigado.

Si *reflexionase*, recordaría la falta cometida y se daría cuenta que la pena sufrida es su justa consecuencia; que ella le ha sido impuesta por su bien y con la sola intención de que se fije en sus defectos y trate de corregirse, jamás con el propósito de mortificarle.

Entonces recibirá la reprensión ó el castigo, con agradecimiento al verdadero servicio que se le hace.

Falto de *reflexión*, no aprovecha los beneficios que la solicitud de su maestro le dispensa.

Habituaos á reflexionar.

43—No siempre uno puede ser el primero de la clase.

Creo, querido Alberto, que ya se te ha disipado el enojo que tuviste la semana pasada, por no haber sido el primero de la clase, á pesar de que te habías aplicado como de costumbre.

He visto con satisfacción que has tomado un buen partido, no descorazonarte por tu mal éxito pues lejos de eso estudias con más ahinco.

Más aun, he visto que ahora te alegras del éxito de tu amigo y que reconoces lealmente que lo merecía.

Portándote así has dado pruebas de *rectitud*, de *juicio* y de *compañerismo*.

Sed émulos, jamás rivales.

44—Sometámonos al reglamento.

Hoy, mis queridos niños, voy á explicaros lo que es el *reglamento de la escuela* y por qué es un deber someternos á él.

Ante todo, la escuela es la sociedad en pequeño. La sociedad está regida por *leyes* que tanto atañen al Presidente de la República como al más humilde ciudadano.

La escuela está regida también por un *reglamento* al que deben sugetarse tanto el maestro como los alumnos.

La violación de las leyes del país ó del reglamento de la escuela, implica siempre un acto contrario á la justicia ó á la buena conducta.

Así por ejemplo: cuando alguno de vosotros llega tarde á la clase, perturba á sus compañeros, los distrae, interrumpe la lección y les causa un perjuicio; falta á la justicia.

Como no ha estado al principio de la lección, ha perdido una parte de la enseñanza dada por el

maestro y por consiguiente disminuyendo sus probabilidades de progreso, demuestra tener poco juicio.

Preparaos, respetando el reglamento escolar á respetar más tarde las leyes.

45 — Delicadeza de un escolar.

He leído ultimamente en un diario, que un alumno de una de nuestras escuelas elementales de varones, habiendo hallado un billete de cien pesos, no dudó un instante en lo que debía hacer con él.

Eso está muy bien hecho, pero permitidme que os diga que no me sorprende ver á un alumno poner en práctica las lecciones de moral que recibe en clase. Así es que no os hubiera hablado de esta buena acción en sí misma, si no fuese por una circunstancia especial que me llamó la atención.

—¿Sabéis á quién entregó su hallazgo?

—A su maestro.

Con ello ha querido decirle: «Señor, es á Vd. á quien debo el ser un niño honrado y he pensado que se sentirá Vd. feliz al darle una prueba de ello.»

Un alumno debe aprovechar las ocasiones de demostrar su reconocimiento hacia su maestro.

46—Unos niños amables.

Lo que os voy á relatar sucedió el día del cumpleaños del maestro.

Sus alumnos, que le querían mucho, resolvieron ir un poco más temprano que de costumbre á la escuela y esperar la llegada de su maestro. Cuando se presentó, uno de los mayores de la clase, se le acercó seguido de los demás y le dirigió las siguientes palabras:

—Señor, todos estamos muy *reconocidos* por los cuidados que Vd. nos dispensa y le prometemos aprovechar sus lecciones para ser algún día hombres honrados y buenos ciudadanos. Permítanos añadir á esta promesa nuestro más sinceros votos por su salud y la de su familia.

El maestro, todo emocionado, les agradeció la manifestación diciéndole que ella era su más dulce recompensa.

Después de nuestros padres, el maestro, es el mejor de los amigos.

47— Ofender á nuestro maestro es casi ofender á nuestros padres.

Pablo contestó á una observación de su maestro en términos impropios.

Su padre lo supo y le reprochó severamente su conducta.

—Te has portado, le dijo, como un ingrato. Es á tu maestro á quien debes el no estar librado á tí mismo, mientras yo, lejos de casa, trabajo para mantenerte. Tu maestro se interesa por tí, por tus progresos, tu perfeccionamiento y tu porvenir, tanto como yo mismo.

Es á un verdadero bienhechor á quien has ofendido; no vaciles un instante en reconocer tu falta y vete á expresarle el sincero pesar que sientes por haberla cometido.

Tal fué lo que hizo Pablo, al día siguiente, pues es un niño aturdido más que un perverso.

El maestro como el padre, tiene derecho á nuestro respeto.

48—Un buen compañero.

¡Qué buen compañero es José! Siempre está dispuesto á defender al más débil; á hacer un servicio á todos, á ayudarles en su trabajo.

Un día hasta expuso su vida por salvar un niño que estaba á punto de ahogarse.

Tiene sus preferidos, sus amigos, pero es complaciente y servicial con todos. La confianza y la simpatía que inspira ejerce una saludable influencia sobre sus compañeros.

Dos de ellos se disgustaron y estaban ya á punto de irse á las manos. José se interpone, les demuestra que están en la escuela para quererse y no para pelearse. Da la razón á quien la tiene y su

arbitrage es aceptado, reconciliándose los dos adversarios en su presencia.

Un buen compañero inspira cariño y confianza.

49—Consejos á los niños que se retiran de la escuela

Queridos niños, váis á entrar de lleno en la vida. De los mil caminos que ella abre á la actividad humana, cada uno de vosotros tomará uno. Aquellos á quienes toque la parte más modesta, no murmuren. Lo que no depende de nosotros, no podemos remediarlo. Además la patria vive del concurso y del trabajo de todos sus hijos. ... Entre el ministro que gobierna al Estado y el artesano que contribuye á su prosperidad con el trabajo de sus manos, no hay más que una diferencia, y es, que las funciones del uno son más importantes que las del otro, pero desempeñándolas bien, el mérito es igual para ambos.

El cumplimiento del deber, he ahí, mis queridos niños, el verdadero fin de la vida y el verdadero camino.

El está al alcance de todos, del pobre como del rico, del ignorante como del sabio, del pastor como del ministro.

Entrad á la vida con esta convicción y estaréis á salvo de los desengaños.

IV.

LA PATRIA.

50—Amemos la Argentina, nuestra
hermosa patria

A vuestro alrededor está vuestra familia: padre, madre, hermanos, hermanas, tíos, tías, abuelos, etc.: al lado de ellas existen otras cuyo conjunto forma la ciudad; y en sus contornos y más lejos aun, hasta tocar en las fronteras de la Argentina, tanto en los *pueblos* como en el campo, existen otras reuniones de personas descendientes de la misma sangre, que hablan la misma lengua, obedecen á las mismas leyes y tienen la misma historia.

El conjunto de todas esas familias constituye la *Patria*. La Patria es también el suelo que habitamos y sobre el cual se han llevado á cabo tantas bellas acciones; el suelo por el cual experimentamos tanta alegría al volverle á ver después de la más momentánea ausencia y del cual no podríamos ver arrebatar una parte cualquiera por insignifi-

cante que fuese, sin sentirnos profundamente heridos.

Amemos la Argentina, nuestra hermosa *Patria* por que ella lo es también, de todos los que amamos y hemos amado.

El amor á la patria comienza en la familia.

51—Beneficios de la Revolución de 1810.

El año 1810 os parecerá muy lejano, mis queridos niños. ¿No es verdad? Es una fecha memorable que todos vosotros debéis tener siempre ante vuestros ojos y en el fondo de vuestro corazón para glorificar y honrar la memoria de aquellos á quienes debemos la *Revolución*.

Fué la Revolución la que suprimió los privilegios injustos, la que abolió la omnipotencia real; estableció la libertad, la justicia y la igualdad entre todos los argentinos, que de súbditos que fueron, es decir, después de estar sometidos á la autoridad de los reyes de España, se convirtieron en Ciudadanos de un Estado libre é independiente.

Es desde la Revolución que nació la grande idea de la *Patria*.

Los miembros de la Junta que hicieron la Revolución de 1810, tienen derecho á nuestro reconocimiento.

52—La República completó la obra de la Revolución.

La República completó la obra de la Revolución, reemplazando la autoridad real por la soberanía del pueblo.

Hoy no existen distinciones entre los nacidos en esta tierra, no hay más que *ciudadanos*. No estamos obligados á pagar más impuestos que los que determina la *ley*, impuestos que todos debemos satisfacer equitativa y proporcionalmente á nuestras rentas.

El servicio de las armas es obligatorio para *todos* los argentinos!

La justicia, legalmente organizada, alcanza á *todos* los culpables, grandes ó pequeños.

Vivimos bajo un régimen de justicia y de libertad.

53—Porqué se debe amar la patria.

Sabed, niños, que no es sólo para conservar en la memoria algunos hechos ó fechas, que estudiáis la historia, sino, para que grabéis en vuestros corazones el *amor por vuestra Patria*. A principios de este siglo vuestros antepasados tuvieron que soportar con gran valentía, sacrificando sus

vidas y haciendas, una larga lucha contra el poder, español á fin de conquistar una Patria libre é independiente.

Desde aquel entonces hasta hoy, nuestra Patria ha prosperado y se ha engrandecido, embelleciendo sus ciudades, fundando otras nuevas, aumentando la producción de sus riquezas naturales, desparramándolas por todas partes mediante el comercio libre, tendiendo vías férreas por todo su extenso y rico territorio, edificando escuelas hasta en los pueblos de menor importancia; escribiendo obras sus hombres de ciencia y de letras.

Es un deber para vosotros, amar la Patria que vuestros padres han honrado con el trabajo y por la cual han derramado su sangre.

54—Lo que puede el amor patrio.

Nuestra historia registra á cada momento hechos de toda naturaleza que nos dicen bien claramente lo que es posible realizar cuando el patriotismo anima nuestro corazón.

Al ponerse en marcha hasta el Interior el primer cuerpo de ejército que decretó en 25 de Mayo de 1810 la Junta Gubernativa, no uno sino muchos, fueron los hombres viejos ó juvenes y hasta niños que se alistaron voluntariamente en él, abandonando sus familias, intereses y estudios para servir á la *Patria* con su brazo.

Agotados ó escasos los recursos del Gobierno

para poder armar á los soldados que debían defender á la Patria en momentos de verdadero peligro, todos contribuyeron en la medida de sus fuerzas á proporcionárselos, y hasta las damas más encumbradas de la sociedad porteña y mendocina lo hicieron, ya entregando sumas de dinero, ya despojándose de sus propias alhajas.

«No es nada, mis queridos compatriotas, mientras viva la Patria», exclamaba el comandante Espora, despreciando el dolor de sus heridas, cuando después del combate de los Pozos, era transportado á su hogar para su curación.

El patriotismo es fuente de los grandes hechos de virtud cívica.

55—¡Morir por la patria!

es la muerte más bella y la más digna de envidia

Díme Emilio—¿Si vieras que alguien atacase á tu mamá, la defenderías?

—Sí señor, con todas mis fuerzas.

—¿Tendría razón tu padre en rechazar á un malhechor que quisiera adueñarse de tu casa?

—Seguramente que sí, y yo le ayudaría á hacerlo.

—Pues bien, acuérdate que la Patria es la reunión de todas las familias y que es para cada uno de nosotros una madre querida.

Todo lo que seamos capaces de hacer por nuestra madre ó por nuestra casa, debemos hacerlo por la *Patria*.

Todos los Argentinos deben defender á la *Patria*.

56—Generoso patriotismo.

El hecho que os voy á relatar tuvo lugar el 3 de Febrero de 1813.

Aquel memorable día fué el primero en que condujo á la pelea á sus bravos Granaderos el Gral. San Martín en el lugar conocido con el nombre de San Lorenzo.

En lo más recio del combate entre las fuerzas de San Martín y las del comandante Zabala, un cañonazo á metralla mata el caballo de aquel, tomándole una pierna en la caída.

A punto estuvo por dos veces consecutivas de perecer á manos de sus enemigos si primero el soldado Baigorria y después el sargento Cabral no lo hubieran defendido, pagando éste último con su vida su generosa acción.

Hasta el momento de morir á consecuencia de las mortales heridas que recibió en defensa de su gefe, exclamaba sin cesar: ¡Muero contento! ¡Hemos batido al enemigo!

Por la *Patria* debemos dar todo, hasta la vida.

57—Últimas palabras de un patriota.

Como todos vosotros sabéis, el Dr. Mariano Moreno, fué uno de los dos Secretarios de la Junta de Gobierno establecida el día 25 de Mayo de 1810.

Sus ideas políticas lo distanciaron bien pronto del Presidente de la Junta, Don Cornelio Saavedra, quien empleó todos los medios para alejar á Moreno del Gobierno.

Después de conseguir que renunciase del cargo de Secretario y buscando alejarlo del país por temor á su influencia, se le comisionó para ir á Europa en desempeño de una misión diplomática.

Moreno aun cuando comprendió el verdadero objeto que se proponían al conferirle tal misión, la aceptó, é inmediatamente se embarcó con destino á Europa. Quiso la suerte que á los pocos días de navegación Moreno se enfermase gravemente y muriese, más antes de expirar exclamó:

¡Viva mi patria, aunque yo perezca!

58—Un valiente.

El 27 de Noviembre de 1820, el capitán de Granaderos á caballo Don Pascual Pringles, hallábase destacado en las proximidades de Chancay al mando de veinte hombres, con el fin de observar los movimientos de las fuerzas españolas, que trataban de sorprender al cuerpo de ejército patriota, al mando del coronel Don Rudecindo Alvarado.

A pesar de las precauciones tomadas, Pringles vióse de súbito atacado por ochenta hombres de caballería, que ciegos de corage empeñaron tan sangriento combate que pronto perecieron siete granaderos y otros seis cayeron mortalmente heridos.

Ante la imposibilidad de seguir defendiéndose los sobrevivientes, se baten con heroicidad en retirada, pero no teniendo más recursos que caer prisioneros ó morir, Pringles no vacila un momento y espoleando su caballo se sumerge en las aguas del Océano Pacífico decidido á que ellas fuesen su tumba.

En presencia de acto tan heroico el gefe enemigo Don Gerónimo Valdés, promete á Pringles salvarle la vida y lo hace sacar del agua.

Al mes de estar prisionero el virey del Perú lo hizo poner en libertad y lo envió al General San Martín con las más especiales recomendaciones de su conducta, por lo cual en vez de ser sometido á un consejo de guerra se decretó para su uso y el de los que á su lado combatieron un escudo que decía: «Gloria á los vencidos en Chancay.»

La patria premia siempre á sus buenos servidores.

59—Traición á la patria.

Arnold, general americano, desplegó gran valentía durante la guerra de la independencia de los Estados Unidos; mas, gastador y amigo de los

placeres, no retrocedió, ni aún delante de la idea de traicionar á su patria, para allegarse cierta suma de dinero que le había rehusado dar Washington.

Estando encargado de la custodia del fuerte de West-Poind, entró en tratos con el general inglés para entregarle la plaza, pero el Mayor encargado de estipular con Arnold la entrega, fué arrestado por las tropas americanas.

Condenado á la horca, Arnold consiguió fugar y se presentó al ejército inglés en donde sentó plaza.

Combatió después contra sus compatriotas y habiendo hecho prisioneros á algunos de ellos, preguntóles cierto día, qué hubieran hecho con él si lo hubieran tomado.

«Hubiéramos separado de tu cuerpo—le respondió uno de ellos—la pierna que te hirieron en *defensa de la patria* y el resto lo hubiéramos colgado de la horca.»

Vergüenza eterna para los traidores á su patria.

60—Todo argentino es soldado

de los 18 á los 45 años.

—¿Quieres saber Pepito, cómo ha reglamentado la ley militar de la República, los deberes del ciudadano para con la patria? Voy á decírtelo.

Por de contado, todos deben ser soldados, tanto los ricos como los pobres. A los 18 años, los ciudadanos argentinos deben enrolarse como soldados de la Guardia Nacional en la que permanecen

inscriptos hasta los 40 años siendo casados y hasta los 45 siendo solteros; quedando exentos de todo servicio militar, los que sean inútiles por enfermedad ó defecto físico.

Los ciudadanos solteros de 18 á 30 años cumplidos forman la Guardia Nacional Activa, la que es llamada á ejercicios doctrinales todos los años durante cuatro horas todos los domingos en el término de tres meses, para que de esta manera no se olvide lo aprendido y para que si la *Patria* se vé atacada, no solo tenga numerosos defensores sino también soldados experimentados y listos á soportar las fatigas de la guerra.

Los ciudadanos casados de 18 á 30 años y los solteros de 31 á 35 forman la *Guardia Nacional de reserva* y por último los ciudadanos casados de 31 á 40 y los solteros de 36 á 45 forman la *Guardia Nacional territorial*.

La primera de estas dos últimas categorías, es la llamada á cubrir las bajas que tenga la Guardia Nacional activa, ó á aumentar su número, y la segunda á proveer á la custodia y seguridad de las ciudades ó pueblos durante las operaciones de las otras dos.

Todo ciudadano argentino está obligado á armarse en defensa de la *Patria* y de la constitución.

61—La bandera.

Queridos niños: un batallón está por acercarse, la bandera de la Argentina va á pasar; cuando lo haga por vuestro frente, descubríos y saludadla! Los que estén á vuestro lado os imitarán.

La bandera no es un simple trozo de género; ¡es el símbolo de la Patria!

Cada regimiento tiene su bandera.

Si en una batalla, un soldado siente desfallecer sus fuerzas, le basta volver los ojos hacia ella para sentirse lleno de valor.

El oficial designado para llevar la bandera tiene derecho de sentirse orgulloso y tiene el deber de defenderla hasta la muerte.

Saludemos con respeto á la bandera argentina.

62—Falucho.

El histórico regimiento de Granaderos á caballo formado por el General San Martín, ha dejado escrito en multitud de hojas brillantes de patriotismo y heroicidad sus hechos realizados desde San Lorenzo hasta Ayacucho.

No fueron solo sus gefes y oficiales los que contribuyeron á ello; Baigorria, Cabral y Falucho nos han legado también hechos dignos de perdurar en la memoria de los argentinos.

El 7 de Febrero de 1824, el valiente negro Antonio Ruiz, conocido entre sus camaradas con el apodo de *Falucho*, cayó atravesado por las balas en castigo de no querer traicionar á la Patria, rindiendo honores á la bandera española, contra la que había combatido largos años y que en aquel instante enarbolaban algunos de sus compañeros complicados en una sublevación de cuartel acaecida en el Callao.

El soldado debe defender su bandera hasta la muerte.

63 — Disciplina y compañerismo.

El 15 de Mayo último, un soldado de infantería fué sometido á consejo de guerra por haber injuriado á su sargento en un momento de arrebató, falta que es castigada muy severamente.

Su defensor fué un simple soldado el cual muy emocionado por cierto, defendió á su compañero.

En términos muy simples pero muy convincentes y preocupándose más de desarrollar este pensamiento «*la disciplina es la religión del ejército*», que de excusar á su defendido, consiguió que su camarada fuese absuelto y que todos los miembros del consejo lo felicitasen y estrechasen su mano por lo feliz que había estado en su defensa.

Estos ejemplos de *compañerismo* entre soldados y de benevolencia de parte de los gefes merecen

ser conocidos para que de una manera irrefutable prueben que:

En el ejército, todo ciudadano argentino hallará una segunda familia.

64 — Sirvamos á la Patria cada uno
según sus fuerzas.

No es solamente defendiendo á la *Patria* contra sus enemigos que debemos demostrar el amor que ella nos inspira; es también sirviéndola en la paz.

El sabio, el poeta, el hombre político, el artesano concurren cada uno, en su esfera de acción, á su prosperidad y gloria.

Seguramente que no todos estamos llamados á conquistar un nombre glorioso ó inmortal, pero debemos, á pesar de ello, en todo nuestros actos inspirarnos en el amor de la *Patria* para servirla lo mejor que podamos y cada uno según sus fuerzas.

Un buen argentino puede en cualquier situación y á cada instante, contribuir á la prosperidad de la Patria.

65—Los mejores soldados son los más
disciplinados.

No hace mucho, un gefe de nuestro ejército, presentaba en los términos siguientes á los oficiales de su mando, al Presidente de la República.

«Señor Presidente de la República: me siento orgulloso de tener el honor de presentar á V. E.,

á los oficiales del regimiento de mi mando. Ayer les vió con sus soldados escalonados á lo largo de ancho pasage *silenciosos é inmóviles como estátuas*, en medio de los vivas y entusiasmos de la población; ellos os han ofrecido así á su manera su respetuosa bienvenida.

«Esta rigidez es el símbolo de la disciplina que constituye su fuerza, pero la vivacidad de sus ojos es una prueba patente de su poder.»

«Por otra parte, ellos os han presentado lo que tienen de más precioso, ese fusil terrible con el cual les hemos enseñado á defender la Patria y á conquistar, si la necesidad lo exige, nuevas victorias.»

La disciplina es la primera garantía de un buen ejército.

66—Rasgos de valor militar.

Después de las dos desgraciadas batallas de Torata y Moquehua el ejército patriota, estuvo á punto de caer prisionero á no haber sido por la intrepidez y sangre fría del entonces comandante Lavallo al frente del regimiento de Granaderos á caballo, por encontrarse herido el coronel Necochea, jefe del cuerpo.

Declarada la derrota del ejército patriota en Moquehua y emprendida la retirada hacia Sama, protegido por el citado regimiento, los españoles desprendieron mil hombres de caballería para llevar á cabo su persecución.

No había aun retrocedido una legua el ejército, en tal disposición, cuando tres escuadrones á menos de cien pasos y en aire de carga se disponían á atacar la retguardia. Lavalle dió la voz de alto, mandó volver caras, y en breves instantes rompió las filas enemigas haciéndolas retroceder. Dos cuadras más allá, se repitió el ataque en el mismo orden y con el mismo éxito y una hora después entrando en acción dos escuadrones más de caballería española, volvió á acuchillarlos causando una terrible mortandad. «En fin los mil hombres de caballería mandados por uno de los más bravos soldados de la España por veinte veces y por el espacio de tres horas en el trayecto de nueve leguas intentaron cargar y veinte veces fueron hechos pedazos por el bizarro Lavalle á la cabeza del afamado regimiento de Granaderos á caballo.

Al otro día 2700 dispersos se embarcaban sin que nadie los hostilizara en el puerto de Sama, merced al valor y á la pericia del vencedor de Río Bamba» (1).

No os dejéis abatir jamás por las derrotas.

67—Respetemos á nuestros gefes.

El hecho que os voy á narrar pasó en un campamento de conscriptos.

Un sargento, paisano poco instruido se hallaba

(1) Espora, episodios nacionales.

dando algunas explicaciones á cerca del desarme del mauser á un pelotón de soldados, cuando se le escapó una palabra mal dicha y los oyentes se echaron á reir.

—Es vergonzoso, murmuró uno de ellos, joven que acababa de salir del Colegio Nacional, verse obligado á obedecer á estos ignorantes por el hecho de tener galones; y un amigo suyo réplicó: ¡Que confianza quieren que tengamos con tales gentes!

Algunos días después, durante las grandes maniobras, nuestro joven bachiller, desfallecía bajo el peso de su mochila y de sus armas.

—Déme su fusíl, le dijo el sargento: Yo tengo bastante fuerza para llevar dos.

Momentos después, el desgraciado bachiller cayó al suelo desvanecido por el cansancio y el sol y su amigo acudió á levantarlo, pero se encontró aturdido, pues no sabía que hacer para volverlo en sí.

El sargento, hombre de campo y acostumbrado á ver tales accidentes, le hizo transportar á la sombra de un árbol, le quitó la chaquetilla, le desató la corbata y le roció con agua la cara.

—Gracias, sargento, le dijo el bachiller cuando volvió en sí, y perdóneme por haberlo juzgado mal.

Usted no habla mejor que yo el castellano, pero en cambio es un buen muchacho.

68 — Seamos humanitarios.

La guerra es una cruel necesidad que es preciso no hacerla inutilmente más cruenta aun. Sin disputa alguna es necesario defender con valentía nuestra tierra pero sería criminal martirizar á los seres débiles como ser: niños, mugeres y ancianos.

En nuestro ejército está prohibido envenenar las aguas, propender voluntariamente á propagar las enfermedades pestilenciales, asesinar al enemigo, matar á las gentes inofensivas, destruir las cosechas en venganza ó incendiar los pueblos.

No hacemos fuego sobre las ambulancias y los hospitales; no atacamos á los médicos ni á las enfermeros, fáciles de reconocer por la cruz roja que sobre fondo blanco llevan, y que es su salvaguardia.

Los militares heridos ó enfermos, cualquiera que sea la nación á que pertenezcan, son recogidos y cuidados, y la casa que los hospeda es para nosotros sagrada.

La ley militar argentina, castiga al soldado que golpee ó hiera al enemigo desarmado; y lo hace con el que despoje al herido, le cause nuevas heridas, ó le ultíme la vida.

Las crueldades inútiles empañan y aminoran las mas hermosas victorias.

69 — Obediencia á las leyes.

El primer deber del ciudadano es la *obediencia á las leyes*.

Una sociedad, grande ó pequeña, no puede vivir sin *leyes*. Las *leyes* existen para todo; en la escuela, se llaman, *reglamento escolar*; en la familia, están representadas por la *autoridad paterna*, que se manifiesta en la protección dispensada á la debilidad del niño y á la guía de su inexperiencia. ¿Pero cuánto más necesarias aun cuando se trata de todo un país? Imaginémonos una agrupación de cerca de cinco millones de hombres gobernándose á su modo, obrando según su capricho, muchos dejándose llevar por sus instintos egoístas ó su interés y pronto veríamos reinar la injusticia y la violencia. La *ausencia de las leyes* sería la desorganización y la pronta ruina de una nación.

Las leyes están hechas para el bien de todos.

70 — Don Martín.

Don Martín era un buen hombre incapaz de hacer daño á nadie, y hasta podríamos decir que generoso, pues siempre estaba pronto para prestar ayuda al desgraciado, pero no había medio de hacerle entender la razón de los *impuestos* que

nunca los pagó de buen grado, pues le parecía que aquel dinero se lo hurtaban de su bolsillo.

El recaudador que era amigo suyo lo había sermoneado bastantes veces sin resultado y por último un domingo almorzando con él le habló de esta manera tratando de convencerle.

—«Si estuviéramos viviendo en una época anterior á 1810, le aprobaría que protestase contra los *impuestos* que se establecían de la manera más arbitraria é injusta. El rey era el que por su propia autoridad los fijaba y á nadie daba cuenta del empleo que de ellos hacía.

Además el clero y los nobles estaban exceptuados de impuestos, de manera que el pobre pueblo era el que pagaba todo.

¡Pero qué cambio, Dn. Martín, después de la Revolución!

Ante todo, ya no hubo excepciones; todos los que poseén algo pagan su impuesto; los que poco ó mucho tienen, lo hacen con arreglo á ello.

Además los impuestos establecidos no lo son por la fantasía de un solo hombre sino por medio de una ley que es discutida y votada por nuestras dos grandes asambleas, las Cámaras de diputados y senadores.

En fin, dése Vd. cuenta de las ventajas que obtenemos en cambio de las módicas sumas que pagamos: tenemos organizados un ejército y una escuadra para defender la Patria, escuelas para que nuestros hijos se instruyan y eduquen gratuitamente, vías férreas y caminos para facilitar el comercio, policía para prender á los ladrones,

jueces para condenarlos y mil otras cosas más, lo que le convencerá á Vd. de que debe dar su dinero si no con placer al menos con resignación.

En efecto, desde entónces, Dn. Martín no ha vuelto á protestar cuando le cobran su impuesto.

Los impuestos son necesarios y lo único que demos exigir es que estén repartidos equitativamente entre todos.

71—Un buen ciudadano toma parte en todas las elecciones.

Existen muchas personas muy buenas, por cierto pero que cuando se trata de la elección de un concejal, de un diputado ó de un elector, no se interesan por ella diciendo: «Ya se arreglarán sin mí, yo no hago falta.»

Gracias á que todos no piensan así, pues de otra manera, las *elecciones* no serían lo que deben ser. En una República, *no votar* es faltar al *deber* más esencial del ciudadano.

Nuestros padres combatieron para derribar el poder personal y conquistar el gobierno del pueblo por medio de sus representantes, lo que reconocemos ser lo más justo y lo más digno.

Seamos por consiguiente lógicos y usemos con empeño de un derecho del cual debemos tener orgullo el poséer. ¿Qué se diría de un prisionero que brindándosele la libertad no se aprovechase de ella?

Votar, es ejecutar un acto de ciudadano libre. Es cumplir un deber.

72—La República.

La República es la mejor y la más equitativa de las formas de Gobierno.

Garantiza *la libertad de las personas*; los derechos para todos los ciudadanos: de *expresar sus ideas* por la prensa ó la palabra, de *governarse por sí mismos* por el intermedio de sus representantes, libremente elegidos; asegura el *control riguroso* de la inversión de la renta pública y no permite *decidir de la guerra* sin el asentimiento de ambas cámaras.

Y á vosotros, niños míos, os da la *República*, el derecho á los beneficios de la instrucción que por *no costar nada* á vuestros padres se llama *gratuita*. A ella le deberéis más tarde no sufrir por ignorancia, pues comprendiendo lo útil que os será la instrucción para vuestro porvenir, *os obliga á venir á clase*. Por eso es *obligatoria*.

En fin, ella os dice: «Sed buenos, sed justos, amad la verdad y tenéis indicadas las reglas para vivir», y, os agrega después: «Obrad según vuestra conciencia».

¡Viva la República!

73—Ser libre, no quiere decir:

Tener derecho á hacer lo que nos dé la gana.

—Si todos somos *libres* en la República, observó Juan, ¿porqué no me permiten jugar cada vez que

yo quiero? ¿Por qué no me dejan hacer lo que me place?

—Amigo mío, antes de ser *libre*, es preciso poseer la cordura necesaria para hacer buen uso de la *libertad*. Tu padre no te deja aun guiar su carruaje, ni escribir sus cartas comerciales y sin embargo tu sabes como se toman las riendas y como se escribe, pero no tienes aún la experiencia necesaria para evitar las faltas ó los accidentes.

Ser libre significa hacer libremente lo que no pueda dañar á otros.

74 — Cómo se debe practicar la libertad.

No es una razón, mi querido Juan, el que no estés aún en condiciones de hacer uso de tu *libertad*, para que desde ya no te puedas dar una idea de los derechos que más tarde podrás ejercer.

Como *obrero*, serás *libre*, de discutir con tu patrón las cuestiones de salario: También lo serás para concertarte con tus compañeros de taller y declararte en *huelga*, es decir para rehusaros al trabajo. Pero, *no tendréis el derecho* de impedir que trabajen los que rehusen asociarse á la *huelga*.

Como *hombre*, serás *libre* para profesar tal ó cual religión y aún para no practicar ninguna. Más *no tendrás el derecho* de imponer tus creencias á los demás.

Como *ciudadano*, serás *libre* para expresar tus ideas sobre los asuntos políticos, no solamente en tu casa, sino también en público y de discutir los

actos del gobierno ya escribiendo en los diarios, ya publicando libros. Pero *no tendrás el derecho* de injuriar, difamar ú ocuparte de las cosas de la vida privada de nadie. *Tampoco tendrás el derecho* de recurrir á la violencia para hacer triunfar tus ideas.

Al lado de los derechos, están los deberes.

75—Socialismo útil.

Hoy se habla mucho de *socialismo* y para ello hay razón, si por *socialismo* se entiende el esfuerzo que cada uno debe hacer para mejorar la suerte de los trabajadores aplicando las ideas de la justicia y la igualdad.

Ha sucedido hace muy poco tiempo, un hecho que prueba cuán rápidos progresos hacen estas ideas. Todos vosotros sabéis que existen en Buenos Aires varias compañías poderosas de tramways cuya dirección respectiva, ocupa una persona designada por sus accionistas.

Estas compañías ocupan numerosos cocheros, guardas, caballerizos, etc., que tienen constituida una asociación para la defensa de sus intereses, cuya presidencia es ejercida por alguno de los guardas, cocheros ó caballerizos, elegido por sus colegas.

Además, sabéis que Buenos Aires posee como cualquier otra ciudad, su Municipalidad, es decir, un intendente y un Concejo Deliberante.

Ahora bien; á consecuencia de una huelga de la

que os hablaré después, algunos de estos personajes se reunieron para discutir las medidas tendentes para llegar á un arreglo y viéronse sentados al rededor de una mesa, discutiendo bajo un pie de perfecta igualdad á un director de compañía, á un simple mayoral de tramway y á un intendente municipal.

Hé ahí un buen *socialismo*, fecundo en resultados.

¡Honor al trabajo! ¡Vivan los trabajadores!

76—Hasta dónde llegan los derechos de los huelguistas.

Cierto día, centenares de personas, ordinariamente pacíficas, trabajadores honrados, padres de familia, muchos de ellos, abandonaron su trabajo y hallábanse reunidos en plena calle.

Eran los empleados de una de las Compañías de Tramways de que os he hablado.

Quejábanse de tener muchas horas de trabajo y un salario insuficiente. Se convinieron y decidieron abandonar sus tareas hasta tanto no consiguieran un aumento de jornal y disminución de horas de servicio. Hasta aquí no faltaron á su deber, porque la ley reconoce al obrero el derecho de declararse en *huelga*.

En dos reuniones que tuvieron lugar, fijaron las condiciones mediante las cuales volverían al trabajo, en lo que también estaban en su derecho.

Dos delegados fueron comisionados para poner

en conocimiento del director de la compañía las condiciones impuestas por los huelguistas, el cual no aceptó las proposiciones. Cuando se supo el rechazo, dos oradores se expresaron en términos agresivos y hasta alguien propuso volcar los pocos tramways que circulaban á pesar de la *huelga*, y hasta maltratar á los pasajeros.

Si tal hubieran hecho los *huelguistas* se hubieran apartado de la legalidad; porque la ley prohíbe destruir la propiedad y atacar la libertad de los otros.

Habrían faltado también al espíritu de justicia, porque no es justo hacer mal á pasajeros inocentes.

Ese mismo día ambos oradores fueron arrestados y condenados á varios meses de prisión.

Existe el derecho de declararse en huelga pero no el de predicar la violencia ó el de recurrir á ella.

77—Igualdad no significa nivelación.

—Juan ¿crées que existe la *igualdad*?

—Si señor, pero no veo las pruebas porque, para no citar más que un ejemplo, el señor Dominguez es rico y mi papá es pobre.

—Esa *desigualdad*, mi querido niño, ha existido y existirá siempre. Ella resulta del *derecho de propiedad*.

Cuando alguna vez oigas decir, más tarde, que es necesario *igualar* las fortunas quitando á los

ricos lo que poséen para hacer un reparto igual entre todos, responde que ese medio no será *honrado* ni *sensato*.

No será *honrado* porque es injusto privar de sus bienes al que los posée y no será *sensato* porque la parte que corresponderá á cada uno, será relativamente tan pequeña, que bien pronto la desigualdad reaparecerá; pues los unos, perezosos ó beodos, bien pronto la agotarán, mientras los laboriosos y económicos la acrecentarán.

La igualdad de la divisa republicana, no es la igualdad de posición, es la igualdad ante la ley que es la que la Constitución nos asegura.

78 — Todos somos iguales ante la ley.

Recién os dije, que por *igualdad* no debe entenderse la de *posición* y *riqueza* sino *igualdad ante la ley*. Además las riquezas, no siempre pertenecen á los mismos dueños. He conocido muchos hijos de obreros que han llegado á ocupar brillantes posiciones y á hijos de ricos que se han arruinado.

Lo que debemos pedir, no es la igualdad de bienes, sino la posibilidad para los pobres y especialmente para sus hijos, de mejorar de posición. Ciertamente que todos no lo conseguirán, pero ya es bastante el que puedan esperar, á que gracias á la instrucción que está al alcance de todos, muchos lo logren por el trabajo, la perseverancia y sobre todo por una vida arreglada.

Lo que debemos pedir, es que el hombre hon-

rado que ha trabajado durante toda su vida, que ha formado una familia, no tenga por recompensa la miseria en sus postreros días, lo cual se conseguirá fomentando y creando las:

Sociedades de socorros mutuos.

79 — El dinero no es todo.

Ya tuve ocasión de demostraros que la igualdad absoluta no puede existir. Siempre existirán trabajadores y haraganes, económicos y disipadores, inteligentes é ineptos, robustos y enfermizos.

Mas *el dinero no es todo*.

Lo que es superior á él, es la *dignidad personal* que nos proporciona la *igualdad* de derechos. Esa es la *igualdad* que la República ha hecho completa. Todos, ricos ó pobres, somos *iguales* ante el *servicio de las armas*, ya que todos han de ser soldados. Somos iguales ante el *impuesto*, pues todo el mundo paga.

Lo somos ante el *voto*, pues todos depositan su boleta en las urnas.

Lo somos ante la *justicia*, pues que los crímenes y delitos son castigados, cualesquiera que sean sus autores.

Y lo somos ante las *funciones y empleos públicos* puesto que hasta el más humilde de nacimiento puede llegar á ellos por más elevados que sean.

Todos somos iguales ante la ley.

80 —Fraternidad.

No sé si habréis oído hablar alguna vez del señor Castro que fué alumno hace ya algunos años de una de nuestras escuelas elementales. Pues debéis saber que esta excelente persona es un gran trabajador y muy inteligente; pero sus padres que eran pobres no pudieron hacerle seguir los estudios.

¡Qué lástima! —dijo su maestro, este niño iría muy lejos en manos de los distinguidos profesores de la Escuela Normal.

Cuando fueron á retirarlo para ponerlo á trabajar, obtuvo del padre el consentimiento para presentarlo á la Escuela Normal, donde á concurso obtuvo una beca de las que dá el Estado para costear los estudios á los hijos de familias pobres que se distinguen por su saber y contracción al trabajo.

Cinco años más tarde recibía su diploma de Profesor después de terminar brillantemente su carrera.

Hoy el señor Castro dirige una de las Escuelas Normales de las Provincias, después de haber obtenido muchos triunfos en su profesión.

La República, ayudando á los hijos de familias pobres, á continuar sus estudios, practica la fraternidad.

81 — El orden en la calle, el respeto á las personas y á la propiedad, es la primer necesidad de una democracia.

Frecuentemente nos es enojoso que el agente de policía nos detenga por no llevar encendidos los faroles de nuestro carruaje durante la noche; nos obligue á circular ó que los jueces nos condenen á pagar una multa.

A los funcionarios citados no les temen sino los malhechores, la gente honrada no les tiene temor; al contrario.

Escuchad lo siguiente:

Hace muy pocos años se descubrieron en la Tierra del Fuego, yacimientos de oro. Con tal motivo un señor llamado Poper consiguió del gobierno el permiso para explotarlos. Más, como aquellos parages estaban casi deshabitados y había por consiguiente poca ó ninguna policía, bien pronto algunos aventureros trataron de explotar también las arenas y aun robar el oro recogido por lo cual viéndose frecuentemente atacados en sus haciendas y vidas tuvieron que protegerse á sí mismos, trabajando con el fusil á la espalda y el revólver al cinto.

Hechos de esta especie no podrían producirse por ejemplo, en la campaña de la Provincia de Buenos Aires, donde la fuerza pública por una

parte y la existencia de las demás autoridades por otra, evitarían tales males.

Los agentes de la autoridad tienen por misión proteger á la gente honrada. Sin ellos tendríamos que lamentar á menudo los abusos de la fuerza.



V.

DEBERES PARA CONSIGO MISMO.

82—La salud es el primero de los bienes.

Tenemos el deber de proporcionar al *cuerpo* todos los cuidados que reclama para mantener nuestra salud en buen estado.

Y esto es á causa de que el *cuerpo* ejerce una gran influencia sobre la inteligencia, la sensibilidad y la voluntad, que como ya sabemos, son las facultades del alma.

Ved á un *hombre enfermo*. Sus facciones carecen de expresión; para ponerse á trabajar se vé obligado á hacer grandes esfuerzos, nada le causa placer; la vida le es una carga pesada.

Ved á un *hombre sano*. La alegría, la actividad, la animación se retratan en su rostro. Trabaja con buen humor y come con apetito. Recibe con regocijo á sus amigos y acaricia en todos momentos á sus hijos. La alegría reina en su casa.

La salud vale más que las riquezas.

83—A cuerpo enfermo espíritu languido é irritable.

Adolfo ha tenido ocasión de reconocer las relaciones que tiene el *cuerpo* con las facultades del *alma*; pues el otro día se expresaba así:

—Cuando estuve enfermo últimamente, noté no solo que mis piernas no me sustentaban, sino también que mis ideas no eran tan claras como de costumbre, y no sin algún esfuerzo llegaba á comprender lo que hablaban en torno mío.

Quise entretenerme leyendo un libro y bien pronto me sentí fatigado. A mí, que tanto me gusta correr y jugar no tenía más deseo que estar quieto, dormir aún á medio día y que no hiciesen ruido. Todo me fastidiaba, hasta mi buena madre, cuando me daba los remedios.

Poco á poco fuí recobrando la salud y con ella el buen humor, y el gusto por el movimiento y el trabajo.

Alma sana, en cuerpo sano.

84—En el aseo, está la salud.

No es suficiente, queridos niños, que evitemos todo lo que sea capaz de alterar nuestra salud, es necesario esforzarse por *hacer* todo cuanto la mantenga y fortifique. Hablaremos, á este respecto, y ante todo, de los cuidados del aseo, cuya obser-

vacación rigurosa es tan necesaria al cuerpo, como lo es la cultura del sentimiento moral, por medio de la educación, para el espíritu.

Cada mañana, haced abluciones numerosas, no solamente de la cara y de las manos, sino de todo el cuerpo; tronco, piernas y piés. Aquellos que no cuidan sino su cara y sus manos á pretexto de que es lo único que se vé, se parecen á los que barren toda la pieza menos debajo de los muebles.

Cuidad con proligidad de vuestro aseo.

85 — El aire libre es un factor de la salud.

No os figuréis en manera alguna que la sola limpieza sea suficiente para mantener la salud. No, el ejercicio, el trabajo, las marchas al aire libre por el campo y por las afueras de la ciudad, forman también individuos vigorosos y sanos.

Por ejercicios debéis entender los movimientos que os hacen ejecutar en la escuela y que repetiréis en la Guardia Nacional, los cuales desarrollan el pecho, fortifican los músculos, dan vigor á las piernas; elasticidad y elegancia á todo el cuerpo.

Traedme, después de las vacaciones, un premio ganado en un concurso de gimnasia, á parte de cualquier otro, y me haréis feliz.

Gracias al ejercicio al aire libre, el cuerpo llega á ser para el alma un servidor vigoroso y diestro.

86 —El aire es nuestro bienhechor.

El oxígeno del *aire* es el principal elemento para nuestra salud. El aire puro es indispensable para nuestra vida y sin embargo se le trata como á enemigo. Ved esas casas. No tienen ventanas sino en la fachada, cuando debieran tenerlas por los cuatro costados.

El Estado mismo ha establecido un impuesto por ventanas y balcones cuando debía existir un premio para los propietarios que tuviesen la precaución de practicar en sus edificios el mayor número de aberturas.

Observad ese carruage de paseo.

La madre, la niñera y tres niñitos van amontonados en él, y con los vidrios levantados! Mirad á ese niño de pechos; le han tapado la boca con una boa de lana. ¡Qué malo es todo eso!

Niños míos, aeread vuestra habitación, renovad y estableced *corrientes de aire*.

Las *corrientes de aire* no son sino viento y son sanas, por lo tanto, y no deben evitarse sino, cuando nos hagan experimentar una sensación de frío.

Busquemos el aire y la luz, ellos son el sostén de la vida.

87 —Algunos consejos prácticos.

A todos vosotros os gusta correr y saltar, en lo que hacéis muy bien, y yo soy el primero en inci-

taros á ello; pero guardaos de los juegos peligrosos en que os podáis ocasionar graves accidentes.

Si tenéis un fusil en la mano, tenedlo siempre con el cañón hacia abajo, si sobre la espalda, en dirección contraria y lo mismo cuando en las manos tengáis un revólver.

No juguéis nunca á las guerrillas.

Trepad á los árboles si os place, pero con atención, eligiendo con todo cuidado las ramas fuertes.

Si estáis sudando, no bebáis agua fría, ni os sentéis á descansar en sitio fresco.

Si alguna vez os toca vivir en parages donde haya hielo, no os aventuréis sobre él sino con mucha precaución. Si el hielo cediese bajo el pié de alguno de vuestros compañeros, echao de barriga para prestarle socorro.

Si vuestros vestidos se prendiesen fuego, no corráis, revolcao en el suelo.

Si os sentís envenenados, tomad sin dilación un vomitivo.

Si os halláis en presencia de un ahogado, practicad con perseverancia la respiración artificial. No es el primer ahogado que se ha visto volver á la vida después de una hora de cuidados.

No exageremos las precauciones, pero no olvidemos ninguna.

88—Envenenamientos voluntarios.

Son las seis de la mañana. Tres obreros, tres buenos hombres, jóvenes aún entran en el despacho de bebidas de un almacén. Toma cada uno su vaso de aguardiente de caña, pagan y se retiran.

Al día siguiente y á la misma hora, se les vuelve á ver entrar en el mismo despacho y así cada mañana antes de empezar su trabajo.

Ellos creen hacer algo muy inocente y sin consecuencias por lo tanto, pero no es así. Eligiendo como lo hacen el momento en que su estómago está vacío, éste absorbe por completo todos los venenos que contienen los alcoholes. Estos venenos se mezclan con la sangre, la descomponen y la hacen cada vez más impropia para las funciones de la vida.

Imagináos que con un régimen tal, al cabo de diez años los estómagos de esos obreros habrán absorbido 3.650 pequeñas dosis de veneno, y decidme luego, si es así posible conservar la salud.

Un buen plato de sopa, un pedazo de pan y queso y un vaso de agua; he ahí un buen desayuno.

89—Peligro de los aperitivos.

Los *aperitivos* son esos licores que bajo el nombre de amargos, ajenjos, bitters, vermouths etc, contienen una fuerte dosis de alcohol tóxico y una esencia vegetal igualmente venenosa.

Estos *aperitivos* generalmente agradables al paladar, producen, sobre todo el ajenjo, efectos desastrosos sobre el organismo entero y principalmente sobre el cerebro, los nervios y en fin sobre los pulmones. El apetito desaparece, el estómago funciona mal y los furores sin causa, la locura, la parálisis y aún la tisis son los resultados del uso de tales bebidas.

Huid del alcohol como de un enemigo.

90—El alcoholismo es una enfermedad.

Entre las causas que comprometen la salud, la más grave y la más funesta, es el uso abusivo del vino y los licores, y á la enfermedad producida por tal causa se le ha dado el nombre de *alcoholismo*.

Los efectos del *alcoholismo* son sin duda lentos en producirse, pero por eso mismo son terribles. El hombre que abusa de la bebida pierde su inteligencia. Su mirada se extravía, su cabeza se inclina inerte, su paso es vacilante. Carece de voluntad y se deja guiar, no por su razón sino por su capricho. El trabajo le hastía y descansa mal; no tiene más que un cuidado, el ir á satisfacer esa sed ardiente que le quema la garganta y echar en su estómago enfermo una nueva dosis de alcohol que lo agravará aún más.

¿Queréis preservaros del alcoholismo? No bebáis alcohol.

91—Un matrimonio infeliz.

Son las ocho de la noche. Simón entra en su cuarto. Su mirada es sombría y sus movimientos inseguros. Tira su sombrero en un rincón y se sienta sin decir palabra.

Su muger que hace una hora que lo aguarda, se levanta tristemente, va en busca de la comida y la sirve.

—Siempre el mismo guiso, grita Simón, ya sabes que no me gusta, y además esto está quemado, parece carbón.

—Es verdad, tienes razón, el fuego ha estado más fuerte que lo que yo quería. Otra vez lo haré mejor.

De un movimiento violento rechaza el plato. Simón se levanta, tira la silla, recoge el sombrero y se marcha á grandes pasos diciendo:

—¡Qué infierno de casa! ¡Me irritan su gente y sus cosas!

Sin embargo, hace algunos años Simón era un buen marido y un buen albañil. Desgraciadamente se *dió á la bebida* y su carácter se ha vuelto sombrío é irritable.

Con el vino y los licores, la desgracia entra en el hogar.

92—El crimen de Juan Torres.

Juan Torres se dió á la bebida y á la pereza. Su afición á beber le hizo perder el hábito de trabajar. Constantemente se le veía en el despacho de bebidas, allí olvidó el camino de su taller y sumió á su familia en la miseria.

Cierto día regresó á su casa más beodo que de costumbre pidiendo á su muger dinero para ir á beber de nuevo.

¡Cómo había de podérselo dar aquella pobre infeliz, cuando ni para pan tenía!

Torres atacado súbitamente de locura desnudó un cuchillo; la hirió..... y algún tiempo des-

pués el juez del crimen le condenó á quince años de trabajos forzados.

La intemperancia trae en pos á la locura y al crimen.

92—La locura del juego.

Antonio Ruiz era una buena persona que desempeñaba el cargo de cajero en una casa de comercio cuyos patrones lo estimaban mucho.

Un día, cediendo á detestables consejos de un mal amigo se puso á *jugar* y perdió la mitad de su sueldo. En vez de contenerse y no volver á jugar tentó recuperar lo perdido; mas, lejos de ello, perdió aún más. Igualmente perdió todas sus economías y por último echó mano de una suma de dinero perteneciente á la caja que tenía á su custodia y también la perdió.

El desgraciado Ruiz previendo el momento en que sus patrones al verificar la caja echarían de menos el dinero substraído por él, no pudo resignarse á asistir á su propia deshonra; desapareció dejando en la miseria á su muger y á sus hijos.

El juego es una cobardía.

94 —No contraigamos deudas.

Un poeta dijo: «Mi vaso es pequeño, pero bebo en él.» En boca de un trabajador esto significa: «mis hijos no comen postre más que una vez por semana, pero no debo nada al almacenero. Tienen

pan á discreción y el panadero se interesa en tenerme por cliente, porque no consumo ni un pan sin pagárselo al contado.

Mi muger, es la que lava la ropa de toda la familia, de esta manera no debo nada á la lavandera.

El año pasado compramos una linda cómoda que estuvimos esperándola cinco años, porque no nos decidíamos ácomprarla hasta tanto no tuviésemos los ochenta pesos que nos ha costado.

Mi vecino prefiere obrar de otro modo, él dice que el crédito no existe para los perros. El amuebló su casa de golpe y fué pagando por mensualidades; yo no le critico, pues cada uno hace lo que mejor le parece, pero prefiero *no contraer deudas*; pues me atemoriza el poder caer enfermo y no poder pagarlas. Vería en sueños á mis acreedores, al oficial de justicia y el embargo.

¡Me daría fiebre!

Prefiero con gusto privarme de algo, antes que *deber nada á nadie*.

Mi vaso es pequeño, pero bebo en él.

95 — Una deuda es cosa sagrada.

Bernardo es un buen obrero que con toda puntualidad paga su casa. Su familia es feliz y no le falta nada. Hace poco estuvo enfermo y no pudo trabajar durante un mes. Todas sus economías se le fueron en gasto de médico y de boticario.

Bernardo recobró su salud, pero su muger é hi-

jos estuvieron á punto de no tener pan que comer. Bernardo se vió con un amigo y éste tuvo á bien prestarle un poco de dinero.

—Te lo devolveré á razón de veinte pesos por mes, le dijo Bernardo, y te agradezco la prueba de amistad que acabas de darme.

—Está bien, está bien, le respondió el amigo, no hablemos más de esto.

Bernardo no tuvo más pensamiento durante algunos meses que el de cumplir con su compromiso. Semana á semana ponía aparte una porción de su sueldo y se hubiera privado hasta de lo más necesario para no faltar á la palabra que había dado á su amigo.

Un hombre honrado cumple escrupulosamente sus compromisos.

96 — A juventud económica, vejez independiente.

Quizás lo sepáis, pero no estará de más advertiros, que no váis á ser niños toda la vida; con el tiempo os haréis hombres y tendréis que trabajar para subvenir á vuestras necesidades y por último, llegaréis á una edad en que las enfermedades y los achaques os harán penoso el trabajo y hasta imposible.

Ese momento al parecer tan lejano y que vosotros quizás imagináis que jamás ha de llegar, lo hará sin embargo, ¿y qué podréis hacer entonces si no habéis sabido proporcionaros una *vejez independiente*? Seréis una carga, á vuestro pesar,

para vuestros hijos, los cuales quizás no disfruten de una posición holgada.

Por tanto, en la edad adulta, desde el instante en que poseáis la fuerza y la actividad propias del hombre, pensad en la vejez y en la decrepitud que os esperan.

Ahorrad cuanto podáis y colocadlo en la *Caja de Ahorros*, inscribiós en las *Sociedades de Socorros Mutuos*. Adoptad el régimen de vida que os convenga, pero no viváis jamás al día; pensad en el mañana.

La previsión asegura el bienestar de nuestros postreros días.

97—El Sr. López.

El señor López es un fuerte capitalista industrial que ocupa á gran número de obreros.

No contento con pagarles buenos jornales, tiene establecidos pensiones ó retiros para los que por vejez ó accidentes no puedan seguir trabajando. Estas pensiones las paga, parte con su propio dinero y parte con el pequeño descuento que sobre el salario de cada uno les hace mensualmente.

El señor López fué un buen aprendiz y después un obrero excelente, de costumbres moderadas y hábitos económicos. Semanalmente ponía aparte cuanto le sobraba, sin privarse por ello de sus distracciones favoritas: los paseos y la música.

Su laboriosidad bien pronto se hizo notar y primeramente fué interesado y después socio de la fábrica en que trabajaba.

Hoy es su único propietario y es por eso que acordándose de sus principios se muestra paternal con sus obreros.

Una vida arreglada asegura la consideración y el bienestar.

98—Dn. Martín y el Sr. Rodriguez.

—Dime papá ¿Cómo es que Don Martín se vé reducido á mendigar su pan, mientras el Sr. Rodriguez es un gran hacendado que posee: campos, ganados y dinero? Me parece que no es justo que uno tenga de todo mientras el otro no tiene nada.

—Veo que tienes buen corazón, hijo mío, y eso me hace feliz. Sin embargo, esa desigualdad que te choca tiene una causa que la vas á comprender.

El Sr. Rodriguez no fué más rico que Dn. Martín cuando vino al mundo; pero jamás gastó el dinero que obtuvo con su trabajo en frivolidades. Por el contrario, *economizó* cuanto pudo y se hizo de un pequeño capital. Cuando llegó á reunir algunos miles de pesos, compró un campo pequeño, y poco á poco fué más tarde agrandando su haber.

Dn. Martín, por el contrario, cuanto centavo ganó lo fué gastando sin previsión alguna, y hoy su imprevisión y su inutilidad para el trabajo le han conducido al grado de miseria en que le ves.

Por medio del ahorro se conquista una existencia digna y honrada.

99—Querer es poder.

—Me has prometido, mi querido Julio, que cuando llegues á tener edad para ganar tu vida, sabrás tomar las precauciones debidas, teniendo en vista las enfermedades y la impotencia de la vejez. ¿Me podrías decir cuáles serán?

—Si señor, seré un obrero serio y trataré de trabajar lo más que me sea posible y pondré en práctica los consejos de Franklín, quien recomienda gastar algo menos de lo que se gana.

En previsión de las enfermedades perteneceré á alguna sociedad de socorros mutuos.

En previsión del porvenir, colocaré mi dinero en la Caja de Ahorros.

En previsión de la vejez haré depósitos en la Caja de retiros ó en alguna sociedad de seguros.

—Todo eso, querido Julio, es más fácil decirlo que hacerlo.

—Sin embargo, señor, conozco personas que lo hacen sin mayores trastornos. No fuman, no beben, evitan las diversiones costosas y todo esto sin gran esfuerzo, pues ya se han habituado á ello.

Huyamos de los placeres dispendiosos.

100—La salud por medio del ahorro.

Los ingleses dan á las *cajas de ahorros* un nombre que se traduce así: «*Banco de la salvación.*» Y tienen razón para ello. Hé aquí la prueba.

Roberto era un hábil obrero, pero tenía el vicio de beber.

Su patrón lo echó repetidas veces, y no lo volvía á tomar sino cuando lo creía sinceramente arrepentido. Cierta día, al verlo incorregible, le declaró que no lo ocuparía más sino á condición de rebajarle su jornal.

Roberto se abstuvo de embriagarse por unos quince meses; más después de este largo tiempo volvió á beber. Agotada la paciencia del patrón le dijo:

—Esta vez vas á salir para siempre de mi casa. Las cantidades que de tus jornales te había rebajado, con el propósito de quitarte el vicio de beber, las he depositado á tu nombre en la caja de ahorros; aquí tienes esta libreta que es tuya, eres poseedor de 300 pesos.

—¡Y esa suma la he conseguido con mi trabajo! —exclamó Roberto.—Patrón, guárdemela y yo le prometo aumentarla con mis economías. Ya estoy corregido.

Y mantuvo su palabra. El capital formado lentamente con su trabajo, lo consideró después como un instrumento de salvación é independencia.

Con el tiempo y la paciencia la hoja de la morera se convierte en seda.

101—El fin de un pródigo.

El señor B. heredó á los veinte años una gran fortuna. Nada más fácil para él que atender á sus necesidades y deseos; y aún hacer el bien á sus semejantes.

Su ambición, hubiera debido ser, dar á su existencia un fin honrado. Y sin embargo no fué así. Se entregó á una vida de *disipación* y de *locuras*, tirando el dinero á manos llenas en compañía de los que viven de la necesidad de los otros.

Algunos años después, al señor B. no le quedó sino una insignificante parte de su fortuna, la que arriesgó al juego perdiéndola totalmente.

Los hábitos de *prodigalidad*, que inconscientemente había adquirido, le dejaron sin la energía necesaria para buscar en el trabajo el medio de vivir honradamente. Cometi6 algunas estafas y acabó por caer en manos del juez correccional.

El otro día, hemos hablado de la igualdad, mis queridos niños; pues bien: He aquí un ejemplo de cómo los hijos de ricos, en pocos años se vuelven más pobres que algunos de vosotros, pues, si bien todos no sois ricos, al menos conserváis el honor.

La prodigalidad conduce á la ruina, y á veces á la misma deshonra.

102 — Existencia inútil.

Hace algún tiempo murió en uno de los barrios apartados de esta ciudad, una anciana muger llamada Josefa.

Si bien es cierto que nunca tendió su mano al transeunte en demanda de una limosna, su aspecto miserable y sus vestidos andrajosos denotaban tan extrema miseria, que muchos movidos por la lástima le daban siempre algunos centavos. Des-

pués de su muerte, acaecida una noche cruda de invierno, se hallaron escondidos entre la lona del catre en que dormía, la suma de veinte mil pesos que legaba, ¡oh contradicción! á la Sociedad de Beneficencia.

Vivió al lado de su tesoro, soñando noche y día en aumentarlo, aún privándose de su propia alimentación, inspirando lástima á los transeuntes, siendo un ser inútil para sí misma y para los demás sino hubiera sido por su muerte. Fué una repugnante avara.

Entre la prodigalidad y la avaricia que son dos vicios, está la economía que es una virtud.

103 — ¡Trabajemos!

Hasta aquí, mis queridos niños, habéis *trabajado* para instruiros. Dentro de poco seréis hombres y os corresponderá tomar un puesto en la sociedad en que vivís.

Conservad el hábito de *trabajar* que habéis adquirido en la escuela. No olvidéis que el *trabajo* es el que ha de proporcionaros los medios de vivir con honradez y que es la verdadera fuente de la dignidad y de la independencia.

El que *trabaja* puede andar con la frente bien alta y mirar la cara á todo el mundo.

Trabajaréis con valentía y conciencia y dedicaréis á vuestra labor todo el tiempo que tenga derecho de exigirlos.

Terminada vuestra jornada, cuando volváis á vuestra casa, veréis qué satisfacción se experimenta

después de haber empleado bien vuestro tiempo, porque emplearlo bien es sinónimo de cumplir con el deber.

El que quiera tener derecho al reposo debe trabajar con todas sus fuerzas.

104—La ley del trabajo.

Por el momento lo único que se os exige es que seáis buenos hijos y alumnos estudiosos. Pero mañana, cuando seáis casi hombres y luego cuando lo seáis del todo. ¿Sabéis cuáles serán vuestros deberes?

El primero de todos es el que seáis buenos trabajadores. Ya seáis médicos, abogados, ingenieros, artistas, cajeros, comerciantes, empleados, agricultores ú obreros, el primero de todos los deberes hacia vuestro país y hacia vosotros mismos, es el ser trabajadores. Que sea con las manos, que sea con el cerebro, es necesario que todo el mundo trabaje y los que lo hacen con sus manos no son siempre por cierto los que necesitan hacerlo más rudamente.

¿Sabéis cual es un hombre despreciable? Es el que no hace nada, el ocioso, el que se limita á aprovecharse del trabajo de los demás, sin ocuparse en ninguno.

105—Piedra movediza, nunca moho la cobija.

Pedro era un niño admirablemente dotado. Manifestó grandes disposiciones para la *música* y al mismo tiempo *dibujaba* bastante bien.

—Será un Mozart, decía su padre; un Rafael pensaba la madre. A los veinte años comenzó á estudiar seriamente la ciencia musical; pero ya había olvidado sus principios y puesto de lado sus lápices.

La *poesía* le empezó á atraer é hizo versos con cierta facilidad, pero pronto notó que sus conocimientos eran muy imperfectos sobre la lengua castellana.

Abandonó pues estos estudios é ingresó á estudiar *matemáticas* soñando con ser muy pronto un hábil ingeniero. Mas el estudio de estas ciencias no tardó en parecerle muy árido y lo abandonó.

—¡Ya sé cuál es mi vocación, exclamó un día; seré arquitecto!

Finalmente acabó por no ser nada.

Hoy ya es viejo, ¿en qué se ha convertido? En nada mas, que un ser inútil.

Su *falta de perseverancia* aniquiló todas sus buenas disposiciones.

Los resultados serios no se obtienen sino con perseverancia.

106—Todo género de trabajo es respetable.

El labrador que siembra y recoge el trigo, el obrero que extrae la piedra de las canteras, el que construye las casas ó fabrica las telas, el que labra la madera ó funde el hierro, *son tan útiles á la sociedad* como el sabio, el escritor ó el artista, y fijaos bien: son tan útiles y *no más útiles*, porque es necesario que haya trabajadores de una y otra clase.

A los trabajadores de la ciencia les debemos: el jabón, los aceites, los ácidos, las máquinas, la electricidad.

A los trabajadores del pensamiento; los libros que nos recrean é instruyen.

A los trabajadores del pincel, del cincel ó del lápiz: los cuadros, las estatuas y los grabados.

Todos indistintamente, prestan servicios á sus semejantes; los primeros, trabajando para satisfacer sus necesidades materiales, los segundos, para las intelectuales. Esa es toda la diferencia.

La nobleza del trabajo, está en el trabajo mismo, cualquiera que él sea.

107—Fuerza de voluntad.

El célebre químico francés Lavoisier, no tenía más que unos veinte años, cuando supo que la Academia de Ciencias de París había abierto un

concurso para el mejor sistema de alumbrado público.

Lavoisier resolvió tomar parte en él, mas al comparar las distintas clases de llamas notó que distinguía mal los diferentes grados de intensidad de la luz.

Para hacer que sus ojos fuesen más sensibles y delicados, Lavoisier tuvo el corage de encerrarse durante un mes en una habitación oscura tapizada de negro.

Después de esto, se halló apto para apreciar las más pequeñas diferencias de brillo entre los diversos medios de iluminación.

Su paciencia voluntaria fué recompensada; pues á pesar de sus pocos años, Lavoisier obtuvo una medalla de oro en el concurso en que tomó parte.

108—Curiosidad de instruirse.

Eduardo es un niño que se interesa por todo cuanto ve. Cuando va de paseo con su papá no hace otra cosa que preguntarle á cerca de lo que se ofrece á su vista. Cuando lo hace por el campo, él quiere saber cómo se siembra el trigo, cómo se recoge, qué es un molino, para qué sirve y cómo funciona.

En la ciudad, las casas de comercio ante las cuales se detiene, le proporcionan la ocasión de informarse sobre los diversos objetos que están expuestos, sus aplicaciones ó usos y su fabricación. Su papá escucha todas estas preguntas, que

le prueban que su hijo *tiene la curiosidad de instruirse* y pone gran cuidado en contestar á todo, lo mejor que puede.

Pero, como siempre no se tiene un padre que disponga del tiempo ó de la posibilidad de enseñarnos, es por tanto conveniente que adquiráis el *gusto por la lectura*, no por las lecturas fútiles, sino por las lecturas instructivas, sanas y atractivas.

Jamás os aburriréis con un buen libro.

109—Un consejo prudente.

—¡Cuánto tiempo, preguntó un turista á un paisano, se empleará para llegar á la cima de esa montaña?

—Tres horas si lo hace lentamente y cinco si va ligero.

—¿Cómo, dijo el turista, más tiempo cuanto más ligero suba?

¡Éste se burla de mí!

Mas después reflexionó que yendo ligero, uno se sofoca y una vez sofocado es necesario descansar y que á pesar de ello se emprende desalentado el camino, mientras que yendo pausadamente se evita la fatiga y se avanza durante mucho más tiempo.

El alumno que hace su deber demasiado pronto, o hace mal; el labrador que siembra antes de tiempo cosecha poco, el artesano que pretende hacer en un día la obra que exige dos, se vé obligado á recomenzarlo.

Todos han perdido en lugar de ganar.

El turista, puso en práctica desde entonces, el consejo del paisano, en todas las circunstancias de su vida y le vá bien.

La precipitación en todo es perjudicial.

110—No nos vanagloriemos nunca.

Pregunté á Carlos si trabajaba mucho en la Escuela, si lo hacía con provecho, y si empezaba ya á ser un pequeño sabio.

Me contestó que hacía todo lo posible para aprovechar las lecciones de su maestro, que era exacto y atento, pero que, á pesar de sus esfuerzos, no hacía todos los progresos que eran de desear. Me dijo también, que temía que en los próximos exámenes lo aplazaran. Hablando después con su maestro, le pregunté acerca de la clase de alumno que era Carlos.

—Carlos, me dijo, es el mejor alumno de la clase.

Comprendí, pues, que Carlos era *modesto* y le manifesté en seguida mi satisfacción por tan bella cualidad.

La modestia realza el mérito.

111—Vanidad y tontería son sinónimos.

Amadeo, el hijo del más acaudalado estanciero de la parroquia, hablaba siempre de las riquezas de su padre, y tomando *grandes aires* de señor delante de sus amiguitos, hablaba con ostentación

de sus caballos, de su estancia, de sus vacas y carneros.

En la escuela nunca demostró tener en cuenta la superioridad intelectual de sus compañeros, porque para él no hay más superioridad en el mundo *que las que procuran las riquezas*.

Hecho hombre vivió más en la ciudad que en la estancia, no preocupándose sino de la elegancia de su coche, de la pureza de raza de sus caballos, y del corte de sus trages.

Entre tanto, la administración de su establecimiento de campo estaba confiada á manos subalternas. Poco á poco, la falta de vijilancia, el desorden, el despilfarro y lo que se llama el «saqueo» se introdujeron por completo y un buen día el *vanidoso* estanciero se vió arruinado.

Sus bienes pasaron á manos de gentes más *simples*, más *modestas*, más *trabajadoras*, las cuales supieron sacar partido de su vanidad.

No tengamos orgullo sino por nuestras buenas acciones.

112—Exámen de conciencia.

Franklín tuvo durante su juventud grandes propensiones á ser un vicioso; sin embargo, á fuerza de celo y de dominarse, consiguió ser el más prudente y el más virtuoso de los hombres. Él sabía cuán importante es hacer diariamente el examen de conciencia de las acciones. ¿Qué hace un comerciante que quiere enriquecerse? decía él. Anotar con toda escrupulosidad sus gastos y entra-

das. ¿Qué debe hacer el hombre que quiera perfeccionarse? Es necesario que cada mañana, que cada noche, estudie el *estado de su alma*, que se pregunte, ¿en qué ha mejorado?

Para obtener mejores resultados de este examen diario de su conciencia, Franklin imaginó llevar un pequeño cuaderno en el cual señalaría cada día con una rayita negra la falta cometida, relativa á la virtud que anhelaba adquirir y así consiguió desembarazarse de sus defectos.

El mejor medio de corregirnos de nuestros defectos, es combatirlos uno á uno.

113—Jamás tratemos de atraer la atención de los demás sobre nosotros.

¡La sencillez! He aquí una hermosa y buena cualidad, mis queridos niños, que os es propia por vuestra edad y que yo anhele que conservéis durante vuestra vida.

No hagáis jamás esfuerzos para haceros admirar ni por atraeros las miradas de los demás; haciéndolo, faltaréis á vuestro fin y os rebajaréis ante vosotros mismos. Si debéis obtener triunfos, ellos vendrán por sí mismos de una manera *natural* sin que los busquéis. Reflexionad antes de hablar, no con la intención de brillar, sinó con la de evitar decir cosas que no sean sensatas ó convenientes. No practiquéis solamente esta sencillez en el decir, sino también en el traje y en los modales.

La sencillez nace de la franqueza.

114—Que la razón y la prudencia sean nuestras guías.

Encontraréis á menudo personas que os dirán seguramente, que cuando á una mesa se sientan trece convidados, el último que llegue, se morirá durante el año; que el viernes es día aciago; que el 13 es una fecha maldita; que el hecho de colocar los cuchillos en cruz ó de volcar la sal es un presagio de desgracia; que ciertas personas causan mal de ojo, etc. etc.

Respondedles que esas absurdas creencias, eran propias del tiempo en que no había escuelas y que desde que la enseñanza primaria se halla extendida por todas partes, la *superstición* ha sido destruida y la ha sustituido la razón que reina y domina por todas partes.

Otras son las causas productoras de desgracias y creo que las comprenderéis si os digo que son: la *pereza*, la *mala conducta* y la *intemperancia*.

El supersticioso es como el niño que se asusta de la oscuridad de la noche; la luz del sol disipa todos sus pretendidos fantasmas.

115—Tratemos de mejorar día á día.

Gustavo no se parece á ciertos niños presuntuosos que se consideran ya hombres y se creen capaces de dirigirse á sí mismos.

Por el contrario, él se da cuenta de que su razón no está aún formada, de que su inteligencia está poco desarrollada para permitirle guiarse solo y que su experiencia es nula.

Ha puesto toda su confianza en sus padres, en su maestro y en las personas prudentes y buenas, y es á ellas á quienes acude en demanda de consejos y á ellas es á quienes escucha y sigue su ejemplo.

Procediendo así, puede estar seguro de que se sentirá feliz más tarde, pues que habrá adquirido, siguiendo los buenos consejos de los demás, una amplia provisión de prudentes avisos que formarán un día, su norma de conducta.

En cada circunstancia de la vida debemos tratar de buscar en ella una lección para ser cada vez mejores.

Nuestra vida ha de ser un largo trabajo de perfeccionamiento.

116—Ejemplo de probidad.

Cierto propietario devastó en una partida de caza, un campo sembrado de maíz de uno de sus arrendatarios. Éste le puso la queja é inmediatamente ordenó estimar el daño que había causado, y le pagó la cantidad fijada. Dos meses más tarde al aproximarse la cosecha se presentó al propietario su arrendatario diciéndole: «El maíz que yo creía perdido ha retoñado y hoy está hermosísimo,



• acepte, por tanto, que le devuelva los quinientos pesos que recibí de Vd. cuando lo creí perdido.»

El propietario complacido al ver tanta delicadeza, se los devolvió diciéndole: «Su proceder merece una recompensa. Tome este dinero, hágalo producir y cuando su hijo tenga edad de trabajar solo, déselo á él, mas no olvide decirle á qué circunstancia debe el poseerlo.»

En toda circunstancia debemos practicar la probidad.

117—La envidia nos hace desgraciados.

Andrés, el sastre, es un hombre desgraciado. Sin embargo, podría pasar una vida tranquila y agradable, puesto que tiene una familia encantadora y su casa prospera, pero es que Andrés es *envidioso*. Andrés no puede ver al Sr. X... hombre elegante que habita una preciosa casa con hermoso jardín. Preguntadle á Andrés porqué, y os dirá que no lo sabe, puesto que el Sr. X... jamás se ha fijado en él, ni han tenido trato alguno. Andrés no quiere á su vecino. Y... comerciante como él pero que posee un establecimiento lujosamente arreglado. Cada cliente que entra en casa de Y... provoca en Andrés una opresión de corazón.

Andrés tampoco puede ver al Sr. Z... quien pasa todos los días por su casa en un carruaje bien puesto con un lindo caballo trotador.

Andrés no tiene razón. Los disgustos muy á

menudo vienen por sí solos desgraciadamente, sin que necesitemos provocarlos con nuestra imaginación.

Que Andrés se esfuerce por cambiar la manera de ser de su espíritu, que se imponga, no solamente *aceptar* lo que redunde en beneficio de los demás, sino también *regocijarse* por ello y será hombre más feliz de lo que es hoy.

No envidiemos la dicha de los demás.

118—He sido yo, papá.

Adolfo había sido prevenido por su padre del peligro á que se exponía manejando cuchillos muy afilados y le había prohibido que se sirviese de ellos.

Un día, su padre, después de haber hecho uso de un cuchillo, lo dejó olvidado sobre un mueble; Adolfo anduvo con él y al volver su papá averiguó quién lo había tocado.

—*He sido yo, papá*, dijo el niño sin hesitar.

El padre le respondió:

—Hijo mío, si te hubiera sorprendido en el momento en que hacías uso del cuchillo, te hubiera castigado por tu desobediencia; pero has confesado con franqueza tu falta, demostrándome que detestas la mentira y te perdono en razón á tu *sinceridad*.

Sed sinceros en toda circunstancia.

119—La voz de la conciencia.

Martínez es un buen obrero á quien una larga enfermedad le impuso un descanso de varios meses. Como consecuencia de esto se vió reducido á tal pobreza que tuvo que acudir al refugio nocturno para pasar las noches y muchos días no probó bocado.

Esto no le sucedía por falta del deseo de trabajar, nó; pues que llamaba á las puertas de los talleres, pero no encontraba trabajo. Un día, atravesando la Plaza de Mayo notó en la calle un envoltorio caído. Lo recogió, no tenía dirección; lo abrió, contenía 1200 pesos en billetes de banco.

Tal suma debió ser para él la salvación, pero oyó *una voz interna* que le decía: lo que tienes en tus manos no te pertenece, no debes apropiártelo. Dócil á *la voz de su conciencia* corrió á la comisaría más próxima y depositó el envoltorio con su contenido.

Un hombre honrado obedece siempre á la voz de su conciencia.

120 — La generosidad.

Era el año de 1800. El archiduque Carlos era el gefe de una división del ejército austriaco, divi-

sión que avanzaba contra los franceses mandados por el general Moreau.

El archiduque, encontró algunos soldados austriacos heridos y abandonados en el camino. Cerca se hallaban las ambulancias, pero no se podían transportar los heridos en los carros por falta de caballos.

Carlos hizo desatar los de algunos cañones diciendo:

«La vida de un hombre es más preciosa que cincuenta piezas de artillería».

Los soldados fueron salvados, pero numerosos cañones quedaron abandonados.

Moreau apareció después; pero habiendo sabido la causa por la cual podía apoderarse de aquella artillería, la dejó; no quiso aprovecharse de una ventaja debida á los sentimientos humanitarios de su enemigo.

121—Emilio y Luís.

Emilio es un niño ordenado. Sus cuadernos están limpios, sus libros forrados, sus lápices bien cortados, seca su pluma cada vez que hace uso de ella. Abrid su banco y hallaréis sus libros superpuestos por orden de tamaño; de este lado la regla, de este otro los cuadernos.

Si entráis en su cuarto, veréis con qué cuidado están colocados ó doblados sus vestidos. Sobre su mesita todo está en orden. No tiene más que tres sillas, pero cada una está en su sitio.

Luis está bien lejos de parecérselo. Por aquí, un botín, más allá un pantalón, los cajones de sus muebles medio abiertos, sus libros por las sillas, la cama ó el suelo, sus cuadernos todos arrugados y sucios. El desorden que reina en las cosas que le pertenecen, reina también en su espíritu. Todo lo empieza á la vez y nada acaba, siempre está atrasado y espera el mañana para ponerse al día pero no lo consigue.

Emilio saldrá de apuros.

Luis está expuesto á vegetar toda su vida.

Para cada cosa un sitio y cada cosa á su tiempo.

122 — El tiempo pasa pronto; no lo perdamos.

Niños míos, no estéis jamás ociosos. El juego mismo es una ocupación, sobre todo cuando es la recompensa del trabajo. Por tanto, cuando sea el momento de jugar, jugad con animación.

Si el juego cesa y os quedan algunos instantes libres, buscad en seguida una ocupación.

—¿Cuál? me diréis vosotros.

—Nunca falta alguna. Alumnos como séis, siempre tendréis alguna lección que repasar, algún libro para leer. Siendo jóvenes, después de vuestro trabajo de todos los días, buscad una distracción que os sea agradable. Leed los diarios y revistas y con preferencia sus artículos serios é instructivos. Las primeras veces os parecerá pesado, pero si perseveráis, os sentiréis sorprendidos por las satisfac-

ciones íntimas que probaréis al ver cómo ensancháis el círculo de vuestros conocimientos prácticos.

Formad parte de orfeones, orquestas ó bandas de música; haced ejercicio en bicicleta; de tiro al blanco ó gimnástico. En una palabra, haced todo lo que queráis, siendo bueno, con tal de no permanecer ociosos.

Elijamos las ocupaciones que nos formen el gusto por las cosas buenas, útiles y honestas.

123 — Una batalla perdida por un clavo.

El cañón bramaba: la batalla estaba ganada por distintas partes.

El general en jefe, llama á un oficial de estado mayor y le ordena ir á llevar una orden á uno de sus generales.

El oficial parte al galope.

Un centinela, viéndole pasar le grita:—Mi capitán, le falta un clavo á la herradura de su caballo.

El oficial no le respondió y continuó su carrera. De pronto el caballo se para, herido en una pata por un guijarro, cae y á pesar de las espuelas no puede levantarse.

Durante este intervalo, el general ejecutó un movimiento contrario al que se le ordenaba en el despacho que no pudo recibir á tiempo, y la batalla fué perdida.

No prescindamos de ninguna precaución, por pequeña que sea, considerándola indigna de nuestra atención.

124 --Valor y sangre fría.

Al finalizar el año 1893, la Cámara de Diputados de Francia, fué teatro de un odioso atentado, semejante á los que hace algún tiempo, han llenado de consternación á París y á otras ciudades de Francia, España, Italia, Inglaterra y demás naciones de Europa.

En medio de una deliberación, una mano criminal, lanzó desde lo alto de las tribunas reservadas al público una bomba que estalló, hiriendo á varios diputados.

Podéis imaginaros la confusión y el terror que se producirían en aquel momento.

El Presidente de la Cámara conservó, sin embargo, *su sangre fría*. Un proyectil habíale rozado la mejilla, mas él sin preocuparse por ello y con voz tranquila pronunció estas palabras, sublimes por su sencillez: *¡Señores! continúa la sesión.*

Inmediatamente los diputados volvieron á ocupar sus asientos y aclamaron á su presidente.

La sangre fría domina las más fuertes emociones y es el complemento del valor.

125—La indiferencia.

Cuando Ernesto iba á la escuela, hacía sus deberes sin gusto, escuchaba las lecciones sin ningún

interés, era insensible á las reprensiones y castigos «¿Para qué sirve estudiar?» decía sin cesar.

En su casa, no se pregunte si mostró alguna vez afecto por sus padres, pues jamás lo demostró. Si alguna vez estuvo su madre enferma, nunca se dió la pena de preguntar por su estado.

En la guardia nacional hizo su servicio de manera tan solo de evitar las faltas que pudieran acarrearle arrestos, sin preocuparse de obtener jinetas de cabo ó sargento.

Esta *indiferencia* le acompañó toda su vida; la alegría como el pesar eran iguales para él; se despreocupaba de todo.

En sus negocios obraba con la misma apatía y no obtenía éxito en nada.

La indiferencia es el camino que conduce al egoísmo y á los fracasos.

126—La dicha puede cerrarse en una cáscara de avellana.

He dicho siempre que la dicha puede encerrarse en una cáscara de avellana.

Una avellana no es muy grande por cierto; esto quiere decir que es necesario bien poca cosa para que los hombres sean felices.

La primera condición de la felicidad es tener una *buena conciencia*; esto es, desempeñar honradamente su tarea, rodear á su familia de cuidados y de atenciones, educar bien á sus hijos, socorrer á los desgraciados.

La segunda condición es la *moderación de los deseos*. Gastar menos de lo que se gana, no contraer deudas, para no temer ni las cuentas del panadero, ni las del carnicero, ni los alquileres del propietario de la casa.

La tercera condición es tener un *buen carácter*. No tener envidia de nadie, hacer todo cuanto se pueda para mejorar de fortuna, alegrarse si se obtiene y también si la consiguen los otros.

Existe aún otra condición y es la de gozar de una *buena salud*. La salud da buen humor, ayuda á encarar las cosas por buen lado y á proceder bien.

La dicha no está en las cosas: está en nuestro espíritu.

127—Sepamos sobrellevar nuestra suerte.

El señor Muñoz había ganado cierta fortuna mediante su trabajo y se daba el trato que le permitía su riqueza. Tenía caballos, carruajes, daba fiestas en su casa y no se privaba de nada que pudiera causarle placer.

Cierta empresa desgraciada le hizo perder tres cuartas partes de su fortuna; pero el señor Muñoz, lejos de aflijirse ni por un instante, redobló sus esfuerzos para mejorar de nuevo su suerte.

El señor Muñoz fué tan feliz en la modestia como lo había sido en la opulencia y tuvo, además, la ocasión de reconocer á sus verdaderos amigos que fueron todos aquellos que se le mantuvieron fieles, á pesar de su nueva situación.

Comprendió que los ricos no son siempre los más felices. Encontró la dicha en los gozes íntimos de la familia, que las exigencias de la sociedad en su anterior existencia no le habían permitido gustar sino imperfectamente. Aprendió que las distracciones sencillas y poco costosas, no son por eso menos intensas.

El hombre feliz es el que sabe contentarse con su suerte.

128—Trabajad con perseverancia.

Jorge Stephenson, el gran ingeniero inglés, mostró desde su infancia aptitudes sobresalientes para la mecánica. Su padre, operario minero, era demasiado pobre para darle instrucción; así es que Stephenson se instruyó por sí solo.

Aprovechando sus aptitudes, más tarde se convirtió en el verdadero fundador de la industria de los caminos férreos. Construyó un gran número de líneas en Inglaterra, Francia, Bélgica, Italia, España y Egipto. Hízose muy rico, y su gran fortuna la debió á su inteligencia, á su trabajo, y sobre todo, á su *perseverancia*, « Sin *perseverancia*, decía á los jóvenes á quienes gustaba dar consejos, yo no hubiera llegado á ser nada. Yo la empleé en instruirme á mi mismo, en vencer las dificultades y en desbaratar los planes con que han querido estorbar mi camino.»

No se llêvan á cabo grandes empresas sinó con esfuerzos continuados.

129—Elección de amigos.

Un carbonero se encontró con un lavandero.

—Estoy solo como tú, le dijo; mi casa es bastante grande para ocuparla los dos; viviremos juntos y no nos separaremos nunca.

—No, respondió el lavandero. Tu mercancía ofrece demasiado contraste con la mía. Yo tomo gran cuidado para blanquear la ropa que me confían, y tu carbón me la tiznaría.

El lavandero tenía razón.

Imitémosle al elegir nuestros amigos y busquémoslos entre los que puedan darnos buenos ejemplos: de lo contrario *el carbón tiznará la ropa blanca*, ó lo que es lo mismo, los malos ejemplos, las malas compañías dañarán la hermosura de nuestra alma y la bondad de nuestros sentimientos.

El hombre honrado debe huir de la compañía de los malos.

130—Dime con quien andas y te diré quien eres.

Leopoldo pertenecía á una honrada familia que no le dió sinó buenos ejemplos.

En la escuela recibió excelentes lecciones de moral y cuando entró al taller, difícilmente se hubiera podido encontrar un muchacho mejor pre-

parado para cumplir con su deberes. Pero Leopoldo tenía un carácter débil. Eligió mal sus compañeros y en lugar de reunirse con jóvenes como él, *frecuentó* el trato de obreros negligentes y perezosos, amigos de trastiendas de almacén.

Los apercibimientos de sus patrones, no le causaron efecto y bien pronto se halló sin trabajo. No fué porque la labor faltase, no; es que los patrones prefieren á los obreros laboriosos y de buena conducta, y, la mala reputación de Leopoldo era tal, que prescindieron de sus servicios.

¿Qué puede ser del hombre que ha perdido el amor al trabajo? No tiene gusto para nada, hace las cosas mal, está descontento de todo el mundo, cobra odio á los que le reprenden y los hace responsables de su suerte, cuando en realidad él sólo es el culpable.

No trabemos amistades sino con los que llevan una existencia honrada y laboriosa.

131—El comerciante listo y el comerciante torpe.

Existen comerciantes que saben agradar á su clientela, y otros que no.

Estos no tienen el valor de reconocer su insuficiencia ó torpeza y achacan sus malos negocios á todo el mundo: á la política, al gobierno, etc.

El comerciante *listo*, no tiene sino buenas mercaderías y no las vende excesivamente caras.

Sabe arreglarse, y cuando la ocasión se presenta, hace alguna rebaja.

Atiende con buen modo los reclamos que se le hacen.

Es tan amable con los que compran como con los que no encuentran las cosas á su gusto y se retiran sin comprar.

Acepta sin vacilar ó cambia las mercaderías que los clientes manifiestan no convenirles ó no gustarles.

Por último, es exacto, discreto, emprendedor y deferente.

El comerciante *torpe* se impacienta fácilmente ó responde de mala gana á las preguntas que se le dirigen. Pone mala cara cuando la compra es de poca importancia, ó si teme que le hagan revolver sin después comprarle algo.

No saluda á las personas, ni cuando entran ni cuando salen.

En resumen, no sabe ni hablar, ni sonreír, ni agradar, ni atraer; así que nadie vuelve á su casa.

Los buenos resultados no se obtienen sin trabajo: es necesario prepararlos de antemano.

132—Huid de los pleitos.

Un pobre paisano debía á su propietario la suma de 130 pesos. El propietario consintió en hacerle una rebaja con la condición de que inmediatamente le desocupara el campo.

Ya estaba todo arreglado, cuando á nombre de otro acreedor, se presentó cierto agente judicial que ejerció tantas persecuciones contra el paisano,

que por último le hizo embargar un cerdo que poseía.

Este fué el punto de partida de un largo pleito que duró 217 días, durante los cuales el solo cuidado y la manutención del cerdo ascendió á 561 pesos.

Por último, el cerdo fué vendido por orden judicial y pagaron por él 136 pesos, saliendo perdedor todo el mundo: el acreedor por que no recuperó su dinero y tuvo que pagar además los gastos; el paisano por quedar reducido á la miseria, y el cerdo por haber engordado en beneficio del que lo compró.

Un mal arreglo vale más que un buen pleito.



VI.

DEBERES PARA CON NUESTROS
SEMEJANTES.133—Lo que no debe hacerse y lo que
ha de hacerse.

Ya sabéis, mis queridos niños, que vosotros tenéis *deberes* que cumplir para con vuestros padres, para con vuestra patria y para con vosotros mismos.

Ahora quiero hablaros de los que tendréis que cumplir para con la sociedad, cuando lleguéis á ser hombres, es decir, cuando os halléis en relaciones constantes con los demás.

—Aun hay más *deberes* me diréis vosotros; sí, aun hay más *deberes*, pues los hay para todo: mas no os asustéis, todos ellos son fáciles de cumplir á los hombres honrados.

Los *deberes* para con nuestros semejantes son de dos clases:

1ª—Lo que no debe hacerse, que son los *deberes* de *justicia*.

2ª— Lo que ha de hacerse, que son los deberes de *caridad*.

Cuando se falta á los deberes de *justicia*, la *ley* es la que nos castiga; cuando se falta á los de *caridad*, es nuestra *conciencia* la que lo hace.

Cumplamos todos nuestros deberes, tanto los de justicia como los de caridad.

134—El derecho á la vida es el primero de los derechos.

La justicia prescribe respetar todos los *derechos* de los demás, es decir, el *derecho* que tiene cada hombre de vivir, de conservar su reputación intacta, de gozar de los bienes que legítimamente le pertenecen; y la ley castiga á los que violan estos *derechos*.

El primer *derecho* del hombre es el de disfrutar de la vida que ha recibido.

Si las penas más severas no hubieren sido previstas contra los que atenten á la vida de sus semejantes ¿qué sobrevendría? Fácil es preverlo. Cada cual apreciaría según su fantasía el daño que hubiera recibido por cuestiones de interés, de amor propio, de odio, etc., y quitaría la vida á sus semejantes, aún por razones á menudo fútiles.

La *justicia*, no existiría y se vería reemplazada por las ideas de venganza, de avidez y de violencia, como sucede entre los pueblos salvajes.

Nadie debe hacerse justicia por sí mismo.

135—Simón estuvo en su derecho.

—Señor, usted nos ha dicho que está prohibido matar, y yo comprendo bien que es una malísima acción. Sin embargo, nuestro vecino Simón, que es un hombre muy bueno, mató el mes pasado á un hombre, y yo no puedo creer que él sea culpable; volvía de visitar á su señora madre que vive bastante lejos, y ya de noche, al entrar en su casa se encontró cara á cara con un individuo que cuchillo en mano le decía: ¡La bolsa ó la vida! Simón se defendió con su bastón y el hombre cayó muerto.

—Hijo mío, Simón se halló en un caso de *legítima defensa*.

Cuando uno vé amenazada su vida por un malhechor, tiene el *derecho* y así mismo el *deber* de defenderse, y sería una cobardía proceder de otro modo.

Tenemos el derecho de defender nuestra vida, cuando la veamos amenazada brutal é injustamente.

136 — Respetad el bien ajeno.

Todas las mañanas notaban en la quinta de la familia de X.... la falta de pollos, patos, ropas y aún de pequeñas sumas de dinero.

Pusiéronse en acecho, y una noche, el hijo del señor X.... hizo fuego con su escopeta sobre un individuo que escalaba el cerco de la quinta. Atento á salvarse á pesar de haber sido herido, el ladrón emprendió la fuga; pero habiendo acudido los demás al sentir la detonación, no tardó en ser prendido, resultando ser un vecino próximo.

Fué entregado á la policía, lo encausaron y lo condenaron á prisión. Cumplida su condena, guardóse muy bien de volver á vivir en su pueblo, pues sabía con seguridad que nadie le hubiera dirigido la palabra á no haber sido para darle el nombre que merecía.

El ladrón no puede evitar ni el castigo ni la vergüenza.

137—Honradez en las pequeñas cosas; honradez en las grandes.

Santiago, un viejo pescador, sacaba su red. En ella apareció un gran *dorado* dando saltos enormes. Puesto en la orilla, no sin esfuerzo, se apoderó de él, y lo puso en su canasta. Satisfecho con su pesca, dobló la red y se dirigió á su casa.

Atendiendo al dorado, no notó un pejerrey que quedó sobre la arena.

Emilio, que se paseaba por la orilla del río, vió el pescado, lo recogió y se dijo: «Este pejerrey no es mío; seguramente es del viejo Santiago». Corrió en pos del pescador y se lo entregó.

—Has hecho muy bien, Emilio, en hacer esto, le

dijo Santiago; me alegro mucho que seas así. Gracias.

Emilio cumplió con un deber de niño honrado; respetó el bien ajeno.

138—Un momento de extravío.

¡ José fué mandado por su patrón á cobrar una cuenta que importaba doce pesos. Cuando tuvo el dinero en sus manos pensó en las diversiones y golosinas que podría procurarse con tal suma y faltó de fuerza de voluntad para resistir á su culpable tentación, bien pronto gastó el dinero. Recién entonces se dió cuenta de la gravedad de su falta y se arrepintió sinceramente de haberla cometido.

Con resolución se dirigió á la casa de sus padres y confesó lo que había hecho.

—¡Desgraciado! le dijeron. ¿Qué es lo que has hecho? ¿Quieres que muramos de vergüenza? Que esta dolorosa lección te sirva de escarmiento. Toma los doce pesos y llévaselos á tu patrón.

José, conmovido por tanta indulgencia, abrazó tiernamente á sus padres é hizo lo que le habían mandado.

Cuando cometamos una acción culpable, arrepintámonos y reparemos la falta.

139—La navaja de Félix.

Félix entró un día contentísimo á la escuela.

—Acabo de hallar esta navaja en la calle, le dijo á su maestro, y justamente tenía grandes deseos de poseer una.

—¿Pretendes, por tanto, tener el derecho de quedarte con la navaja? le dijo el maestro.

—¡Sí, señor! ¡si la he hallado!

—He ahí un raciocinio falso y malo. Un objeto, cualquiera que sea, pertenece al que lo perdió y no al que lo halló. Si te guardas la navaja ¿Sabes el nombre que con justicia se te podría dar? ¡Es el nombre de *ladrón*!

—¡Oh, señor! No quiero que se me diga ladrón. Ahora mismo si usted me lo permite, voy á poner la navaja en el sitio en que la recogí.

—No es así como debe hacerse. Después de clase te acompañaré hasta la comisaría para que la entregues y se encargue el señor Comisario de averiguar quién es su dueño, para devolvérsela.

Apropiarse un objeto hallado, es lo mismo que robar.

140—El razonamiento de Tomás.

‘Tomás es considerado como un buen hombre. Vende pollos, gallinas y huevos al precio que razonablemente debe hacerlo. No engaña á sus clien-

tes en la calidad de la mercancía que les vende y, sin embargo, le he oído hacer el siguiente razonamiento:

«Si hallase una suma de dinero y tuviese la certidumbre que la hubiera perdido un pobre, se la devolvería al momento, pero, si supiese que pertenecía á un rico, me la apropiaría.»

Muchos hay que razonan de la misma manera que Tomás, pues no se dan cuenta que es bien difícil poder saber si es de un rico ó de un pobre el dinero perdido, y es más fácil hacer este sencillo raciocinio: «Esto no es mío; por tanto debo devolverlo.»

Lo que la honradez respeta, lo hace sin distinción de personas.

141—El honor de los demás es cosa sagrada.

Dos honrados vecinos de cierto barrio, fueron arrestados á causa de un robo que no habían cometido. No les costó mucho trabajo probar su inocencia y bien pronto salieron en libertad.

Algunos años más tarde, Víctor, hijo de uno de ellos, tuvo una disputa con un compañero. De insulto en insulto, éste le dijo á Víctor: «Eres hijo de un ladrón.»

Apenas pronunció tal injuria, tan cruel como injusta, Víctor se precipitó sobre el muchacho y lo maltrató á puñetazos, costando gran trabajo separar á los combatientes.

Es cierto que Víctor cometió una falta deján-

dose arrastrar por la violencia, pero compréndase la exasperación que sentiría al oír atacar la reputación de su padre.

El bien que más respetan las gentes honradas, es la consideración de los demás.

142—Dicen, es todo el mundo y no es nadie.

Oiréis á menudo á algunas personas atacar con increíble ligereza la reputación de los demás, diciendo: «*Dicen* que B... no paga sus deudas; *se dice* que C... deja á sus padres en la miseria; *se cuenta* que D... ha perdido su empleo por meter las manos en la caja de su patrón» y aun otras muchas cosas más en las cuales ese personaje invisible que se llama *dicen*, aparece constantemente.

Estos rumores, á menudo calumniosos, corren de boca en boca, se aumentan, sin que nadie los compruebe; pues es bien difícil poder averiguar su origen. Por otra parte ¿Cómo podrán defenderse los acusados, contra un ser misterioso que es todo el mundo y no es nadie, y contra un proceder injusto y cobarde?

Sepamos asumir la responsabilidad de nuestras palabras y actos.

143—Un hombre de bien.

—¿Crées, mi querido Juan, que tu padre sería estimado como lo es en el barrio, si se limitase

tan sólo á no matar, á no robar, á no calumniar, es decir, á evitar lo que no debe hacerse?

Seguramente que no. Se diría que no es un hombre malo y eso sería todo.

Si se proclama bien alto que tu padre es el mejor de los hombres, no es solamente porque cumple con los deberes de justicia, es también porque posee todas las cualidades de un buen padre y de un buen ciudadano, porque ama á sus semejantes y siempre está pronto para socorrerlos ó sacrificarse por ellos, en una palabra, porque busca todas las ocasiones para *hacer lo que debe hacer*.

No nos limitemos á practicar los deberes de justicia; practiquemos también los deberes de caridad.

144—El cariño no se compra.

Gutiérrez es el más rico estanciero del partido; y cuanto negocio emprende le sale bien. Pero tiene un defecto: mimado como lo es por la suerte, está acostumbrado á considerar el dinero como el medio de conseguir todo lo que desea.

Gutiérrez vive privado, sin embargo, de satisfacer un capricho que le sugirió su fantasía.

Codiciaba el perro de Manuel, un pobre labrador que no quería desprenderse á ningún precio de su fiel compañero, y tanto hizo que por último consiguió comprarle el animal.

El perro no permaneció mucho tiempo en su nueva casa; pues á pesar de tener una linda per-

ra y comida en abundancia, un buen día se escapó en busca de su antiguo dueño. Emplearon cuanto medio creyeron propio para acostumbrarlo á su nuevo amo, pero todo fué inútil.

Gutiérrez acabó por convencerse de que lo único que no se compra |es el cariño.

145—Valor y sangre fría.

El juez de paz de una de las secciones de los suburbios de esta ciudad, se retiraba á su casa, cerca ya de media noche, acompañado de algunos amigos, después de atender su juzgado. De pronto cruzóse un hombre por delante de ellos con un bulto en que se veían algunas chapas de zinc.

Hacía algún tiempo que por aquellos barrios se notaba la desaparición de éstas.

—¡Alto! le dijo el juez, éstas no son horas de acarrear zinc. ¿De dónde viene usted?

El hombre respondió titubeando y dió una excusa poco satisfactoria.

—Sígame á la comisaría.

—Bueno, dijo el hombre, pero no con mi carga.

Y así diciendo, se dispuso á dejarla en el suelo, y apenas se desembarazó de ella, se puso en fuga.

El juez y sus amigos, personas ya de edad, corrían menos que el ladrón y seguramente se les hubiera escapado, cuando de pronto oyeron que una voz decía: «¡Si das un paso, te mato!»

Era la de un joven obrero que había presenciado la escena y que ágil como era, corrió tras

el ladrón y le cerró el paso. El ladrón fué aprehendido.

Este joven tenía valor. Obremos como él. No tengamos miedo á nada, á no ser para proceder mal.

En los peligros reales, conservemos la sangre fría para defendernos y evitarlos.

146—Un bravo marinero.

La mar estaba en calma cuando los dos hijos de la viuda Francisca se embarcaron para ir á pescar.

Desde la muerte de su padre, ellos son el sostén y el consuelo de la pobre mujer. Sólo para atender á sus necesidades, cumplen su tarea con admirable constancia y valor.

De pronto el cielo se oscurece, el viento sopla con violencia y ruge la tempestad.

La viuda corre á la playa y grita desesperada: «¡Pobres hijos míos, salvadles!» En vano era su desesperación; nadie se sentía con el valor necesario para afrontar el peligro, cuando de pronto llega en tan supremos instantes un viejo marinero á toda prisa.

Acostumbrado á los *actos de arrojo*, se había dicho, viendo venir la tempestad: *mi deber* es el de estar allí dónde alguno se halle amenazado.

Calmo y resuelto, desamarra su lancha y después de afrontar los más grandes peligros, consigue socorrer á los dos pescadores ya casi vencidos en la lucha, devolviéndolos sanos y salvos á su atribulada madre.

¿Sabéis de dónde había sacado la energía de su resolución? El año anterior, en ese mismo sitio, había perdido á su hijo.

El valor mira de frente el fin y no el peligro.

147—Un buen corazoncito.

Santiago, al salir de la escuela halló á un ciego bastante anciano que mendigaba.

El hombre no era del pueblo: venía de lejos y parecía estar perdido.

Santiago, que tiene buen corazón, se afligió al considerar que nada tenía para darle; pues aunque hubiera dado vuelta todos sus bolsillos, no habría encontrado en ellos ni la más mínima moneda.

Aproximóse al ciego, y después de informarse si estaba extraviado, lo tomó de la mano y lo puso en su camino.

—Gracias, niño, le dijo el anciano. Siempre encuentro quien me dé un pedazo de pan ó me socorra con dinero; pero lo que no hallo amenudo es un corazoncito como el tuyo que me saque del peligro ó me consuele.

No es solamente dando limosna que se practica la caridad.

148—Un egoísta.

Blanco es un hombre muy rico; pero el infortunio de los demás y aún el de sus propios amigos no le afecta en nada.

Por otra parte *un egoísta no es amigo de nadie.*

Cierto día, un antiguo compañero de escuela fué á verlo todo emocionado y le dijo: «Mi mujer está enferma y estoy sin dinero. ¿Quieres comprarme este cuadro? Me costó 500 pesos; te lo daré por 200.

—Tan solo por servirte, te lo voy á comprar, pero no te puedo dar más que 100.

El desgraciado amigo rehusó la oferta, pero obligado por la necesidad volvió al día siguiente.

El egoísta viendo á qué extremo se hallaba reducido su antiguo compañero, rebajó el precio y acabó por comprar el cuadro en 50 pesos —¡Y todavía osó vanagloriarse, ante otros, de haber hecho una buena compra!...

El egoísmo es una clase de vampiro que nutre su existencia con la de los demás.

149 — El perro de Newton.

Newton tenía un perrito muy vivo que con sus saltos y piruetas, hacía gozar á su amo. Se llamaba Diamante.

Una tarde, Diamante, saltó sobre la mesa del ilustre sabio y tiró la vela sobre los papeles que había en ella.

Muchas páginas manuscritas, que habíanle costado á Newton un gran número de veladas para componerlas, fueron consumidas enteramente por el fuego.

Con seguridad que muchos habrían pegado al

inconsciente animal, pero Newton, al ver aquel daño irreparable se contentó con decir:

—¡Diamante! ¡Diamante! ¡Qué poco sabes lo que has hecho!

Los males aun cuando sean sin remedio, se soportan fácilmente con paciencia.

150—¡El honor ante todo!

El general Gilly fué desterrado por Napoleón, y su cabeza puesta á precio.

Refugióse disfrazado de paisano y sin darse á conocer, en casa de un campesino.

Habiendo éste hecho un viaje á un pueblo próximo, supo en él que existía una fuerte recompensa para el que entregase á Gilly, muerto ó vivo, y de vuelta á su casa contó lo que había oído.

—Yo le conozco y sé dónde se le podría encontrar, dijo el general, queriendo poner á prueba á sus huéspedes. Vamos y nos repartiremos el dinero por igual.

—¡Miserable! exclamó el aldeano, disponiéndose á expulsar al que lo había tomado por traidor.

Gilly se dió á conocer y se echó en los brazos de su salvador.

Vale más la pobreza con honor, que la riqueza adquirida por una cobardía.

151—Salvada por la caridad.

Una muchacha bastante jóven se quedó sin trabajo. Sola, sin familia y sin recursos, no sabía qué

hacer y en un momento de desesperación se dirigió al puerto.

Un señor que por allí se paseaba, adivinó sus intenciones al reparar en la agitación y en los movimientos descompuestos de la desgraciada joven; púsose en su seguimiento y la retuvo en el preciso instante en que se disponía á ejecutar su fatal designio.

Sollozando le contó su miseria y en seguida, entre los curiosos que la rodearon, hizose una colecta que se disponían á entregársela, cuando un obrero dirigiéndose á la desgraciada, le dijo:

—Señorita, usted se halla sin hogar y desea trabajar, ¿no es así? Aquí está mi esposa; véngase con nosotros y repartirá con usted sus tareas. Seremos tres en lugar de dos.

La pobre joven, reconocida, siguió á sus bienhechores.

La limosna alivia las necesidades del primer momento; la caridad infunde valor y confianza.

152—Víctima del deber.

Un incendio acaba de estallar en una fábrica de aceites. Las llamas se elevan con furor y amenazan incendiar las casas vecinas.

Sus habitantes aterrados tratan de poner en salvo los objetos más preciosos y se disponen á huir.

Los bomberos, como siempre, concurren á la primera señal, y con ardor indecible atacan el

incendio, despreciando el peligro ¡pero á qué precio á veces! Muchos de esos bravos tienen recibidas graves contusiones y terribles quemaduras.

Uno de ellos, nota que un subteniente está parado sobre una viga á medio consumir y se precipita en socorro del oficial, sin reparar que pasa próximo á una pared en ruinas.

Corrió un gran peligro, pero *salvó á su subteniente.*

El que se sacrifica por salvar á sus semejantes, merece la admiración de todos.

153—Un caballo desbocado.

Roberto, vió llegar hacia él un caballo desbocado. El jinete no conseguía, á pesar de sus esfuerzos, dominar el animal enloquecido, y de un instante á otro podía ser desmontado.

Roberto desprecia el peligro á que va á exponerse; no reflexiona que puede ser herido, que tendrá que permanecer varios días sin trabajar y que no tiene sino dos brazos para ganar el sustento de su vida.

Sin pensar en nada y movido tan solo por el impulso de su valor, se abalanza y detiene al caballo tomándolo de las bridas.

Así salvó al jinete; más en el momento de la lucha con el animal, recibió una cox que les fracturó la clavícula, y se desmayó.

A pesar de su herida, su primer cuidado al volver en sí, fué preguntar por el estado del jinete;

y al saber que éste estaba fuera de todo peligro, tuvo una sonrisa para manifestar su satisfacción. Valor y buen corazón, van á la par.

154—Abnegación.

En 1871, la fiebre amarilla asolaba de una manera horrorosa á la ciudad de Buenos Aires.

No hubo familia, puede decirse, que no se viese azotada por la peste y entre una de tantas la de un pobre herrero que tenía doce hijos. La mujer y siete de los niños fueron atacados por el terrible mal.

Nadie osaba aproximarse á aquel hogar desgraciado para aliviar su suerte, hasta que una madre de familia llamada Rosa, afrontó el peligro; cuidando á los enfermos con una *abnegación* admirable y consiguiendo salvar á muchos y de entre ellos á la madre.

Durante todo el tiempo que duró el azoté se la vió en pie día y noche á la abnegada Rosa, consolando á las familias, cuidando á los enfermos, asistiéndolos hasta su última hora y amortajándolos después de su muerte.

Hay almas tan buenas, que nunca se sabrá admirar bastante sus virtudes.

155—Presencia de espíritu.

Varios niños se hallaban entretenidos en pescar á la orilla de un río bastante caudaloso.

Uno de ellos en un momento de descuido, perdió pie y se cayó al agua.

Asustados sus compañeros, huyeron pidiendo socorro. El único que se quedó fué Enrique, que sin desconcertarse y dándose cuenta de que la situación exigía un pronto remedio, había conservado su *presencia de espíritu*.

Cogió un bastón que encontró á mano y lotendió al que amenazaba ser arrastrado por la corriente, y con un vigoroso esfuerzo, lo atrajo hacia sí, poniéndolo en salvo sobre la orilla.

Sin la presencia de espíritu, el sacrificio es á menudo ineficaz.

156 — ¡Hijo mío, imítame!

Un estibador decía á su hijo: «Mira en ese cuadro las medallas que he ganado; he salvado á más de veinte personas que estuvieron á punto de ahogarse, y cada vez arriesgué mi vida.

No me vanaglorio por ello; no he hecho mas que cumplir con mi deber. Estas medallas no se las muestro á nadie más que á tí, para que sepas lo que he hecho y para que más tarde acordándote de que corre por tus venas sangre de hombre honrado, socorras á los demás como lo ha hecho tu padre.»

El niño se echó en sus brazos y le dijo: «Papá, yo seguiré tu ejemplo».

Nada penetra tan dulce y profundamente en el alma como la influencia del ejemplo.

157—Un rasgo de beneficencia.

El señor Castillo encontró un día, en la calle, un niño que mendigaba. Probablemente otra persona que no hubiese sido él, habríale dado una limosna y hubiera seguido su camino, mas el señor Castillo, hombre muy caritativo y humanitario, hizo algo más.

Llevó el niño á su casa y dióle de comer, y en cuanto lo vió reconfortado, lo acompañó á la de su familia, á quien hizo aceptar, con toda delicadeza, un buen socorro.

Al día siguiente, el niño ingresó á una escuela, donde bien pronto se hizo notar por su trabajo y asiduidad. Cuando salió de ella con su certificado de 5º grado, el señor Castillo, que siempre había continuado ocupándose de él, lo colocó en una casa de comercio.

El pequeño mendigo es hoy un buen dependiente que hace honor á su bienhechor.

Ayudémonos los unos á los otros.

158—Seamos buenos y seremos felices.

Puede decirse, en general, que cada uno somos los artífices de nuestra propia felicidad. El gran secreto consiste en desear tan sólo lo que nos es

permitido, de acuerdo con la situación en que nos hallemos.

En lugar de mirar á nuestro rededor y decir con secreto enojo: «Aquél es más rico que yo, pero no vale más», es necesario que dirijamos la vista sobre los menos favorecidos; que nos alegremos de las circunstancias que nos permiten ser más felices que ellos, y que nos esforcemos en hacérselas participar.

No es necesario ser más rico que los demás para ser feliz: es necesario ser *bueno*.

La bondad, sobre todo cuando es razonada y activa, es la mitad de la felicidad.

159—Un rasgo de valor moral.

No es solamente rindiendo su vida en el campo de batalla en defensa de la Patria, lanzándose en defensa del prójimo brutalmente acometido; persiguiendo un perro rabioso ó deteniendo un caballo desbocado, que el hombre dá pruebas de valor.

Además del valor *físico*, existe el valor *moral*.

Un joven de veinte años cometió un homicidio involuntario hallándose de caza.

Asustado ante las consecuencias de aquel hecho, huyó precipitadamente, logrando no ser visto de nadie.

La policía hizo sus indagaciones, y como se llegara á saber que la víctima había tenido disgustos y pendencias con un vecino, se creyó que éste fuese el matador, y fué arrestado.

Los diarios dieron la noticia, y como es consiguiente fué sabida por el prófugo.

Al considerar que aquel inocente podría llegar á ser condenado con toda injusticia y por su causa, se arrepintió de su falta de valor; presentóse al juez de la causa y le declaró la verdad de lo sucedido.

El hombre de corazón se resiste á la injusticia.

160 —Seamos tolerantes.

Mi querido Eduardo: tienes razón en tener tus ideas en política, en religión, en arte y en todo; pues para ser un verdadero hombre no debemos dejarnos arrastrar por las opiniones del último con quien hemos discutido.

Mas no la tendrás nunca si pretendes estar siempre en la verdad, en obstinarte en tus ideas, en no admitir la discusión, en reprochar á los demás sus creencias y en querer imponerles tu manera de pensar.

Puedes estar persuadido de que no existe hombre alguno que pueda jactarse de no haber aprendido algo de los demás.

Cada cual tiene sus *defectos* y está expuesto al error, tú como los demás. Aprende pues á ser *tolerante*.

Cada cual tiene también sus buenas cualidades y su parte de justa razón. Acostúmbrate á sacar provecho de ellas, en tu propio beneficio.

El que no soporta á nadie, no es tampoco soportado.

161—Un importuno.

Cierto caballero, cansado de soportar las visitas de un importuno, se decidió á cerrarle la puerta.

Al poco tiempo presentóse nuevamente y el caballero le dijo á su criado:

—Díle que estoy en cama aún.

—Señor: dice que esperará á que usted se levante.

—Díle que me siento mal.

—Dice que le indicará el remedio.

—Díle que estoy en las últimas.

—Dice que quiere daros el último adiós.

—Díle que ya me he muerto.

—Dice que quiere daros el agua bendita.

El importuno, como es consiguiente, acabó por ser echado á la calle.

El importuno no se cansa, y cansando á los demás, no tiene ni dignidad ni respeto por sí mismo.

162—Lo que cuesta ser curioso.

Carlos había logrado la confianza y el favor de su patrón.

Cierto día se hallaba con él y otras personas en el escritorio con la puerta abierta. Apesar de ello, ninguno de la casa se hubiera atrevido á entrar sin permiso del dueño.

Otro de los dependientes que se hallaba por allí, queriendo saber lo que pasaba, picado por la curiosidad, entreabrió las cortinas y se puso á escuchar.

Carlos lo notó; se dirigió á la puerta con todo disimulo y tomándolo por la nariz lo condujo hasta el medio del escritorio.

Como es natural, todos se echaron á reir á carcajadas y fácil es imaginarse quién sería el único que no lo hizo.

No nos ocupemos jamás de lo que no nos importa.

163 — La solidaridad.

Ser *solidarios* los unos de los otros, es participar en parte cada cual de las desgracias de los demás y considerar como un deber acudir á su remedio.

El *egoista* desconoce la *solidaridad*, puesto que todo lo destina á sí mismo y no se preocupa más que de su bienestar personal.

El *avaro* desconoce igualmente la *solidaridad*, pues toda su energía y actividad las emplea en acumular dinero para sí, sin pensar en los demás.

El *imprevisor*, que vive al día, no conoce tampoco la *solidaridad*, puesto que se expone á ser una carga para la sociedad, sin jamás haber contribuido por su parte al bien común.

PRACTIQUEMOS LA SOLIDARIDAD.

La *mutualidad* es una de las hermanas de la *solidaridad*, puesto que ella nace que los hombres

coloquen ciertos recursos en común, en previsión de sus días de enfermedad.

PRACTIQUEMOS LA MUTUALIDAD.

La *caridad* es la otra de las hermanas de la *solidaridad*, pues ella nos conduce á amar á nuestros semejantes y á acudir en su ayuda.

PRACTIQUEMOS LA CARIDAD.

164—Sociedades de Socorros Mutuos.

Vicente es un buen hombre, pero es descuidado en exceso. Con tal de tener trabajo, comer regularmente é ir de vez en cuando al teatro, se crée el más feliz de los hombres. Es además, un buen marido, incapaz de dar un disgusto á su mujer. Al entregarle con toda regularidad su paga, la dice cada vez: «Toma, ahí tienes el principio del primer millón.»

Un día que Vicente tenía mucho calor, yendo á su trabajo recibió un aguacero y permaneció con su ropa humedecida durante todo el día.

Al día siguiente, amaneció con fiebre, y el médico constató una pulmonía.

Los ahorros, bien pronto desaparecieron, y Vicente tuvo que vivir del crédito y cuando recobró su salud, fué pagando sus deudas paulatinamente, y durante un año la alegría no asomó á su rostro.

La lección le fué provechosa: Vicente enseñado por la experiencia, solicitó su inscripción en una sociedad de socorros mútuos con el propósito de

tener derecho al socorro reglamentario si la enfermedad volvía á llamar á su puerta.

No esperemos á que los males sobrevengan para prevenirnos contra ellos.

165—Las ventajas de las sociedades de socorros mutuos.

Los obreros y todos los que viven al día, hállese de pronto sin recursos cuando *las enfermedades* les impiden trabajar; y por tanto están obligados á contar con la buena voluntad de sus vecinos ó de sus amigos. Estos, no teniendo para sí mismo sinó lo necesario, están igualmente obligados á no desatender su trabajo, y por consiguiente poca es la ayuda que pueden prestarles. Esta es la causa por la cual han ideado constituir un fondo común en el cual los asociados, todos los meses y aún todos los sábados, depositan cierta pequeña suma ya establecida, la que multiplicada por el número de socios, no deja de ser importante.

De esta manera la carga es tan ligera que hasta los más pobres la soportan sin esfuerzo, y el beneficio es de tanta consideración, que si las enfermedades sobrevienen, no solo reciben gratuitamente la visita del médico de la Sociedad y los remedios provistos por el farmacéutico, sino también una pequeña suma en dinero que reemplaza hasta cierto punto el salario del obrero.

El obrero que forma parte de una sociedad de socorros mutuos, no depende de nadie.

VII.

DEBERES PARA CON DIOS

166 — Dios.

Si miramos á nuestro alrededor y reflexionamos sobre lo que nuestra vista contempla, no tardamos en quedarnos absortos de admiración ante todas las maravillas ejecutadas por la inteligencia del hombre.

Mas; ¿quién ha dado al hombre esa inteligencia? ¿Quién le ha dado un *alma* y ha puesto en ella el gran sentimiento del deber? ¿Quién ha creado la tierra en que vivimos, el sol que nos alumbra y nos calienta, esos millares de estrellas que tachonan el firmamento con tanto esplendor? ¿Quién hace que al día suceda la noche y las estaciones unas á otras?

Todo eso, no es á nosotros á quien lo debemos, sino á un *Ser supremo é invisible* que se llama *Dios*.

Por tantos beneficios, debemos á Dios respeto y reconocimiento.

No pronunciemos jamás el nombre de Dios sino con respeto.

167—El reconocimiento hacia Dios.

El reconocimiento que debemos á Dios, lo manifestamos por la tendencia de nuestros actos *haciendo lo que es bueno y evitando lo malo*, es decir, ajustándonos á los preceptos de la *moral*.

Sobre este punto no me corresponde insistiros. La ley ha puesto estas graves cuestiones en otros dominios, y por tanto no debo examinarlas ante vosotros. Mi deber es enseñaros el respeto que debéis tener por la conciencia de los demás, y debo comenzar por respetar la vuestra que puede ser hoy el reflejo de la conciencia de vuestros padres.

Más tarde, cuando ya seáis hombres, podréis expresaros con toda libertad, más no olvidéis que vuestro primer deber es el de respetar las convicciones de los otros, cualquiera que ellas sean.

Cumplid vuestro deber, todo vuestro deber. Practicad la justicia; practicad la bondad; practicad la tolerancia. Trabajar, cumplir con el deber, es amar á Dios.

168—La tolerancia en religión.

Muchos de vosotros habréis leído ú oído que en diversas naciones de Europa existieron en otras épocas guerras de religión y particularmente habréis oído mencionar que en Francia durante el reinado de Carlos IX, tuvo lugar un hecho sangriento conocido con el nombre de *Jornada de San Bartolomé*, acaecido el día 24 de Agosto de 1572, en el cual fueron asesinados gran número de protestantes.

Tales crímenes no se renovarán más; pero se ven aún gentes que profesan muy poca simpatía por aquellos que practican una religión distinta de la suya y hasta llegan á considerarlos como sus adversarios.

No incurráis en ese error; debéis pensar que *toda creencia sincera debe ser respetada*, y que todo hombre tiene derecho á la estimación y cariño de sus semejantes, desde el momento que cumpla con todos los deberes que la moral enseña.

La tolerancia es una forma de la justicia.

VIII.

DEBERES PARA CON LOS ANIMALES.

169—No maltratemos á los animales.

He imaginado que si interrogásemos y pudieran contestarnos los caballos que con tanta frecuencia vemos maltratar por los carreros en nuestras calles, nos dirían poco más ó menos lo siguiente:

«Jamás hemos pretendido ser otra cosa que seres inferiores al hombre destinados á su servicio. Tratándonos con justicia, cumpliremos de buena voluntad, sin odios y sin envidias los deberes que él nos impone. El hombre posee la inteligencia, nosotros la fuerza, y poniéndola á su disposición contribuimos á su bienestar.»

«¿Cuál es la causa por la cual merecemos ser golpeados? ¿Es acaso por un momento de desfallecimiento tan perdonable en nosotros como en nuestros dueños, puesto que ni ellos mismos se libran de él?»

«¡Ah! Si quisieran comprendernos ¡cuántos sufrimientos nos ahorrarían!»

Compadezcamos á los pobres animales y no agravemos sus desdichas con nuestra crueldad.

170—Una víctima de su crueldad.

Don Joaquín, emplea para su comercio, un caballo que trata con el mayor cuidado. Jamás le pega; le paga con caricias los servicios que de él recibe.

El *Ñato* es ya algo viejo, pero como siempre ha sido bien alimentado y cuidado, no aparenta la edad que tiene.

Don Joaquín tomó á su servicio durante algún tiempo á un peón al cual hizo las mayores recomendaciones acerca del trato que debía dar á su caballo. Pero el hombre, beodo y brutal, no hizo caso de ellas y trataba á golpes al pobre *Ñato*.

Una tarde, entró al pesebre y se puso á castigar á la infeliz bestia, pero pagó cara su estúpida crueldad. El *Ñato* irritado por el dolor, le dió una coz y le acertó en el pecho; el golpe fué tal que no se curó nunca del todo.

Es cruel, cobarde é imprudente hacer sufrir á los animales.

171—Respetad los nidos.

Sed los protectores de los pajaritos; defendedles si se les acosa.

Sobre todo *respetad los nidos*.

El nido es el hogar del pájaro.

Su cuna caliente y blanda, es la cuna de sus hijos; toda la dicha y toda la vida de esos pequeñísimos seres. Imagináos qué sufrimiento, qué desesperación para el padre y la madre cuando se hallen con su nido deshecho ó les hayan arrebatado sus hijos!

¿No sería hermoso tener en los campos, cerca de nuestras casas y hasta en el jardín de la escuela, lindos nidos con una multitud de pájaros en libertad, confiados y familiares?

Robar un nido, no es solo causar un mal permitiendo multiplicarse á los insectos dañinos; es también manifestar un mal corazón.

172—La ley protectora de animales.

La ley argentina, más previsora que las demás, protege á los animales sin distinción de clases ó sitios en que se maltraten, y castiga con una multa de 2 á 5 pesos ó en su defecto con arresto de 1 á 2 días y medio, á los que ejerciten malos tratamientos con ellos.

La ley considera actos punibles:

Castigar con furor ó por ira, con hierro, palo, rebenque ó látigo y causar voluntariamente heridas graves ó leves á los animales.

Recargar á los animales de tiro ó de carga con pesos y distancias que excedan á sus fuerzas.

Hacer servir animal herido, llagado, enfermo, demasiado flaco ó extenuado.

Conducir, transportar ó encerrar en corral ú

otro sitio, animales con hacinamiento, falta de luz y sin darle agua y alimento suficiente.

Exponer al tiro, pichones, palomas, patos ú otro animal doméstico ó silvestre ó igualmente hacer refir gallos, perros, gatos, torear ó hacer corridas de toros ó novillos y hacer cinchadas aunque sea en sitio privado.

Alimentar los animales con escasez; dejar sin ordeñar las vacas de tambo por más de veinticuatro horas; arrancar las plumas á las aves vivas; cortar la cola y orejas á los perros; atar cruelmente las patas de las ovejas, terneros y gallinas; abandonar en la vía pública ú otro sitio, á un animal enfermo, herido ó extenuado; y por fin, todo acto de violencia ó mal trato que cause á los animales padecimientos innecesarios.

La autoridad encargada de castigar todos estos actos es la policía por sí misma ó por queja de cualquier persona; mas como no todas se preocupan de proteger á los animales aunque estén en el deber de hacerlo, existe una asociación en la Capital, con el título de «Sociedad Argentina Protectora de los Animales» que es, puede decirse, la que ha tomado á su cargo el dispensar esta protección y á la que deberían pertenecer todas las personas de buenos sentimientos.

La dulzura con los animales, es un deber de humanidad; maltratarlos es un acto inexcusable de barbarie.

IX.

CONCLUSIÓN.

173—La felicidad

se halla en el cumplimiento del deber.

Mi compañero Julio merece á menudo ser el primero en la clase, por su conducta y aplicación: *él es feliz.*

Mi primo Adolfo es un soldado modelo: jamás ha cometido una falta ni ha recibido un castigo; ama su carrera y es querido por sus jefes: *él es feliz.*

Usted, mi querido maestro, que tanto trabajo se toma para instruirnos y mejorarnos se siente *feliz* con nuestros progresos y nuestra buena conducta.

Yo mismo, cuando procedo bien, pruebo un sentimiento de satisfacción que proviene de la conciencia. En esos momentos, *me siento feliz.*

Para ser feliz, cumpliré siempre con mi deber.

174 — La felicidad se halla en el amor al trabajo.

Mi vecino, Pedro, el carpintero, es un gran trabajador; de la mañana á la noche, escucho el ruido de sus herramientas.

Su casa respira bienestar, todo en ella está limpio y en orden.

Jamás se le vé en el almacén ó en el café. Siempre está afable y de buen humor.

Gracias al fruto de su trabajo, ve venir la vejez sin inquietud alguna.

Yo también quiero ser trabajador.

175 — La felicidad se halla en el amor á la familia.

Conozco una familia en donde reina la *felicidad*.

El padre y la madre tuvieron numerosos hijos que educaron con el mayor cuidado, aun á costa de grandes sacrificios.

Sus hijos están todos establecidos en la misma ciudad; se ayudan mutuamente y prodigan á sus ancianos padres las demostraciones de respeto y cariño que les deben.

Días pasados les vi reunirse á todos en la casa paterna acompañados á su vez de sus propios hijos que llevaban flores y presentes: pues era el cumpleaños del abuelo.

Un modesto almuerzo reunió á toda la familia en torno de la mesa común. Estas buenas gentes están contentas y se vé que la más completa armonía reina entre ellas.

Seré bien feliz si puedo formar también una familia semejante.

176—La felicidad se halla en el amor á la Patria.

Experimento desde ya un placer al pensar que un día muy próximo he de servir á mi país y he de contribuir á defender el honor de mi bandera.

Entre tanto, me siento feliz pensando y diciéndome á mí mismo que soy ciudadano de un gran país libre; me acuerdo de los beneficios de nuestra gran Revolución y espero nuevos beneficios de nuestras instituciones republicanas.

Seré un buen soldado y un buen ciudadano.

177—Se halla la felicidad en el amor á sus semejantes.

Existe en mi parroquia un hombre que ha consagrado toda su vida á practicar el bien en torno suyo. Jamás se llama inútilmente á su puerta, tiene para todo el mundo, una *atención*, un *consejo* ó un *socorro*.

Toma parte activa en todos los asuntos de la parroquia, y es miembro de todas las sociedades de ella.

Consejero escolar, viene á menudo á visitar nuestra escuela.

Grandes y pequeños le respetan y quieren. *El es feliz.*

Yo me esforzaré por ser como ese hombre.

178—Se halla la felicidad en la admiración por la naturaleza.

Me siento *feliz* cuando, durante un hermoso día el sol brilla en el azulado cielo;

Cuando escucho á las aves sus cantos;

Cuando veo madurar el trigo, y á las florecillas de los campos moverse sobre las yerbas;

Cuando, en una hermosa noche, contemplo los millares de estrellas que lucen en el firmamento;

Cuando, echando una mirada sobre mí mismo, me detengo á considerar la maravillosa organización de mi cuerpo y la nobleza de mi alma.

Jamás dejaré de detener mi paso ante estos bellos espectáculos, para contemplarlos y regocijarme.

179—La felicidad se halla en el gusto por las letras, las artes y las ciencias.

Todo lo que contribuye á levantar nuestra alma, nos causa una alegría interna que es debida á la *felicidad*.

Pruebo esta alegría:

Cuando leo un hermoso libro;

Cuando me hallo en presencia de un hermoso monumento, de una hermosa estatua ó de un hermoso cuadro;

Cuando escucho buena música;

Cuando admiro las maravillosas invenciones de las ciencias.

Reservaré siempre algo de mis ocios para completar mi instrucción y embellecer mi alma.

180—Lo que aun haré para ser feliz.

Jamás haré nada que pueda *sonrojarme*.

Arrojaré lejos de mí todo sentimiento de odio y de *venganza*.

Seré *severo* para con mí mismo é *indulgente* para con los demás.

Jamás me dejaré *abatir* por las desgracias, ni *arredrar* por las dificultades de la vida.

Lejos de irritarme el bien ageno, me *regocijaré* de él.

En todo seré *leal*, *conciliador*, *tolerante* y *justo*.

Huiré de todo lo que pueda alterar mi *salud*.

¿Cuál debe ser, por tanto, el lema de la vida?

Ser bueno, ser justo, amar la verdad, he ahí toda la ley.

FIN

INDICE

<u>Lect.</u>	<u>Pág.</u>
I.—Preliminares.	
1.—El cuerpo y el alma.....	7
2.—Cuidemos nuestro cuerpo.....	8
3.—El alma manda al cuerpo.....	9
4.—Podemos distinguir el bien del mal.....	9
5.—Las tres facultades del alma.....	10
6.—La inteligencia.....	11
7.—La sensibilidad.....	11
8.—La voluntad.....	12
9.—El deber.....	13
II.—El niño en la familia.	
10.—El amor filial.....	14
11.—Amemos á nuestros padres por el afán de quererlos y no por interés.....	15
12.—Un buen hijo.....	15
13.—Una buena niña.....	16
14.—Cómo se quiere á los padres.....	17
15.—Amor filial.....	18
16.—Un premio bien ganado.....	19
17.—Que se avergüencen los malos hijos.....	19
18.—Cómo se debe obedecer.....	20
19.—Tengamos confianza en nuestros padres.....	21

<u>Lect.</u>	<u>Pág.</u>
20.—Respeto y delicadeza.....	21
21.—Los abuelos tienen derecho á nuestras atenciones.....	22
22.—¡Pobre abuelito!.....	23
23.—¡Hogar, dulce y grato hogar!.....	23
24.—Deberes del hermano mayor.....	24
25.—El mayor es el protector de sus hermanos y hermanas...	25
26.—Abnegación fraternal.....	25
27.—Marfa Ucet.....	27
28.—Lejos de la familia.....	28
29.—El espíritu de familia.....	28
30.—Deberes de los padres.....	29
31.—Ternura no es blandura.....	30
32.—Veinte años más tarde.....	30
33.—Naturaleza, trabajo, familia.....	31

III —El niño en la escuela.

34.—Un reino por saber leer y escribir.....	33
35.—No déis al juego el tiempo consagrado al trabajo.....	34
36.—¿Porqué es necesario trabajar?.....	34
37.—Un buen alumno.....	35
38.—Un mal alumno.....	36
39.—Un alumno modelo.....	37
40.—Males que acarrea la pereza.....	37
41.—Hagamos nuestro deber con celo.....	38
42.—Sed reflexivos.....	39
43.—No siempre puede uno ser el primero de la clase.....	39
44.—Sometámonos al reglamento	40
45.—Delicadeza de un escolar.....	41
46.—Unos niños amables.....	42
47.—Ofender á vuestro maestro es casi ofender á vuestros padres.....	42

<u>Lect.</u>	<u>Pág.</u>
48.—Un buen compañero.....	43
49.—Consejos á los niños que se retiran de la escuela.....	44

IV.—La patria.

50.—Amemos la Argentina, nuestra hermosa patria.....	45
51.—Beneficios de la Revolución de 1810.....	46
52.—La República completó la obra de la Revolución.....	47
53.—Porqué se debe amar la patria.....	47
54.—Lo que puede el amor patrio.....	48
55.—¡Morir por la patria! es la muerte más bella y la mas digna de envidia.....	49
56.—Generoso patriotismo.....	50
57.—Últimas palabras de un patriota.....	51
58.—Un valiente.....	51
59.—Traición á la patria.....	52
60.—Todo argentino es soldado de los 18 á los 45 años.....	53
61.—La bandera.....	55
62.—Falucho.....	55
63.—Disciplina y compañerismo.....	56
64.—Sirvamos á la Patria cada uno según sus fuerzas.....	57
65.—Los mejores soldados son los más disciplinados.....	57
66.—Rasgos de valor militar.....	58
67.—Respetemos á nuestros gefes.....	59
68.—Seamos humanitarios.....	61
69.—Obediencia á las leyes.....	62
70.—Don Martin.....	62
71.—Un buen ciudadano toma parte en todas las elecciones...	64
72.—La República.....	65
73.—Ser libre, no quiere decir: tener derecho á hacer lo que nos de la gana.....	65
74.—Cómo se debe practicar la libertad.....	66

<u>Leot.</u>	<u>Pág.</u>
75.—Socialismo útil.....	67
76.—Hasta donde llegan los derechos de los huelguistas.....	68
77.—Igualdad no significa nivelación.....	69
78.—Todos somos iguales ante la ley.....	70
79.—El dinero no es todo.....	71
80.—Fraternidad.....	72
81.—El orden en la calle, el respeto á las personas y á la pro- piedad, es la primer necesidad de una democracia	73

V.—Deberes para consigo mismo.

82.—La salud es el primero de los bienes.....	75
83.—A cuerpo enfermo, espíritu lánguido é irritable.....	76
84.—En el aseo, está la salud.....	76
85.—El aire libre es un factor de la salud.....	77
86.—El aire es nuestro bienhechor.....	78
87.—Algunos consejos prácticos.....	78
88.—Envenenamientos voluntarios.....	79
89.—Peligro de los aperitivos.....	80
90.—El alcoholismo es una enfermedad.....	81
91.—Un matrimonio infeliz.....	81
92.—El crimen de Juan Torres.....	82
93.—La locura del juego.....	83
94.—No contraigamos deudas.....	83
95.—Una deuda es cosa sagrada.....	84
96.—A juventud económica, vejez independiente.....	85
97.—El señor López.....	86
98.—Don Martin y el Sr. Rodriguez.....	87
99.—Querer es poder.....	88
100.—La salud por medio del ahorro.....	88
101.—El fin de un pródigo.....	89
102.—Existencia inútil.....	90

Leot.	Pág.
103.—¡Trabajemos!.....	91
104.—La ley del trabajo.....	92
105.—Piedra movediza, nunca moho la cobija.....	93
106.—Todo género de trabajo es respetable.....	94
107.—Fuerza de voluntad.....	94
108.—Curiosidad de instruirse.....	95
109.—Un consejo prudente.....	96
110.—No nos vanagloriemos nunca.....	97
111.—Vanidad, y tontería son sinónimos.....	97
112.—Examen de conciencia.....	98
113.—Jamás tratemos de atraer la atención de los demás sobre nosotros.....	99
114.—Que la razón y la prudencia sean nuestras guías.....	100
115.—Tratemos de mejorar día á día.....	100
116.—Ejemplo de probidad.....	101
117.—La envidia nos hace desgraciados.....	102
118.—He sido yo papá.....	103
119.—La voz de la conciencia.....	104
120.—La generosidad.....	104
121.—Emilio y Luís.....	105
122.—El tiempo pasa pronto; no lo perdamos.....	106
123.—Una batalla perdida por un clavo.....	107
124.—Valor y sangre fría.....	108
125.—La indiferencia.....	108
126.—La dicha puede encerrarse en una cáscara de avellana... ..	109
127.—Sepamos sobrellevar nuestra suerte.....	110
128.—Trabajad con perseverancia.....	111
129.—Elección de amigos.....	112
130.—Dime con quien andas y te diré quien eres.....	112
131.—El comerciante listo y el comerciante torpe.....	113
132.—Huid de los pleitos.....	114

<u>Leot.</u>	<u>Pág.</u>
VI.—Deberes para con nuestros semejantes.	
133.—Lo que no debe hacerse y lo que ha de hacerse.....	116
134.—El derecho á la vida es el primer de los derechos.....	117
135.—Simón estuvo en su derecho.....	118
136.—Respetad al bien ajeno.....	118
137.—Honradez en las pequeñas cosas; honradez en las grandes	119
138.—Un momento de extravío.....	120
139.—La navaja de Félix.....	121
140.—El razonamiento de Tomás.....	121
141.—El honor de los demás es cosa sagrada.....	122
142.—Dicen, es todo el mundo y no es nadie.....	123
143.—Un hombre de bien.....	123
144.—El cariño no se compra.....	124
145.—Valor y sangre fría.....	125
146.—Un bravo marinero.....	126
147.—Un buen corazoncito.....	127
148.—Un egoista.....	127
149.—El perro de Newton.....	128
150.—¡El honor ante todo!.....	129
151.—Salvada por la caridad.....	129
152.—Víctima del deber.....	130
153.—Un caballo desbocado.....	131
154.—Abnegación.....	132
155.—Presencia de espíritu.....	132
156.—¡Hijo mío, imítame!.....	133
157.—Un rasgo de beneficencia.....	134
158.—Seamos buenos y seremos felices.....	134
159.—Un rasgo de valor moral.....	135
160.—Seamos tolerantes.....	136
161.—Un importuno.....	137

<u>Lect.</u>	<u>Pág.</u>
162.—Lo que cuesta ser curioso.....	137
163.—La solidaridad.....	138
164.—Sociedades de Socorros Mutuos.....	139
165.—Las ventajas de las sociedades de socorros mutuos.....	140

VII.—Deberes para con Dios.

166.—Dios.....	141
167.—El reconocimiento hacía Dios.....	142
168.—La tolerancia en religión.....	143

VIII.—Deberes para con los animales.

169.—No maltratemos á los animales.....	144
170.—Una víctima de su crueldad.....	145
171.—Respetad los nidos.....	145
172.—La ley protectora de animales.....	146

IX.—Conclusión

173.—La felicidad se halla en el cumplimiento del deber.....	148
174.—La felicidad se halla en el amor al trabajo.....	149
175.—La felicidad se halla en el amor á la familia.....	149
176.—La felicidad se halla en el amor á la Patria.....	150
177.—Se halla la felicidad en el amor á sus semejantes.....	150
178.—Se halla la felicidad en la admiración por la naturaleza..	151
179.—La felicidad se halla en el gusto por las letras, las artes y las ciencias.....	151
180.—Lo que aun haré para ser feliz.....	152



